

## LOS PARÁSITOS.

### ESCENAS DE LA VIDA PRÁCTICA.

(Continuacion.)

—¡Simon!—dijo con un variado acompañamiento de interjecciones castizas el comensal literario.

—¡El mismo! solo que, como habrás observado, en traje de viaje.—¿Qué me dices ahora de nuestro hombre?

—¿Qué he de decirte? Que irá á Pozuelo ó á Getafe á pasar un día de campo.

—¡Vamos á verlo!

—Como quieras.

No era empresa fácil la que estos dos indiscretos y desocupados camaradas se proponian; pues cuando desembocaron en la calle por donde tomó su amigo, éste, á pesar del poco tiempo que les llevaba de ventaja, desaparecia ya á su estrémo, que no estaba muy próximo, con una rapidez y firmeza de paso mal avenidas con las copiosas libaciones con que aquella noche habia sazonado su amena y discreta conversacion.

De calle en calle, y entre denuestos, conjeturas y recíprocas recriminaciones, fueron siguiéndole hasta la de Atocha, á la que salió por una de las últimas callejuelas próximas al hospital.

—Va á Getafe, dijo sentenciosamente el amigo chistoso, á menos que no se detenga en el hospital.

—¿A qué? preguntó el otro.

—A prepararnos habitaciones para cuando concluyamos de correr.

La curiosidad se hizo, sin embargo, en ellos superior al can-

sancio, y, aunque siempre á respetuosa distancia, le siguieron, viéndole entrar en la estacion del ferrocarril del Mediodía.

—Y ahora ¿qué hacemos? preguntó el iniciador de aquella inocente persecucion con ademan perplejo.

—Pues lo mas acertado será irnos á acostar para conservar el sudor; respondió su compañero, limpiándose el que corria por su frente con un pañuelo de dudosa blancura.

—¡De ningun modo! Eso sería declararnos vencidos. Esperémos aquí la llegada del tren de Andalucía.

—¿Para qué? ¿Para refrescarnos?

—No, hombre, no tienes imaginacion.....

—Lo que yo no tengo es dinero, que si le tuviera no me entretendria con diversiones tan estúpidas como seguir la pista á ese..... (epiteto intraducible á ninguna lengua culta) que *nos está dando la mañana*.

—¡Mira! en este momento el tren de Alicante espera la llegada del de Andalucía para salir.

—¿Bien, y qué? Dejémosle esperar, y no le imitemos.

—Al contrario: vamos á aguardar á nuestro hombre.

—¡Es decir, al tuyo!

—Mira, una de dos: ó se mete en el tren, ó no.

—Nosotros sí que nos estamos metiendo en lo que no nos importa.

—Si va de viaje claro está que no sale, y entonces es evidente que no le vemos salir de la estacion.

—Sí, hombre, á la vuelta: segun parece, tú te has propuesto esperarle á todo trance.

—No seas pesado: digo que aquí lo extraordinario no es que vaya de viaje, sino que vuelva á salir de la estacion, y se dirija hácia Madrid, despues de haber llegado en traje de camino. ¿No te parece?

—A mí ya no me parece nada; pero tampoco tengo fuerzas para discutir tus silogismos: con que déjame en paz, y haz lo que quieras.

—Yo espero:—afirmó con extraordinaria resolucion el argumentante;— y acomodándose en uno de los bancos de los jardinillos que rodean á la estacion, sin perder de vista la puerta de salida, ni hacer caso de los significativos y sonoros bostezos con que su



compañero protestaba silenciosamente del inútil trabajo á que se dedicaban, permaneció algunos instantes, hasta que la oleada de viajeros de todas condiciones que, á pié ó conducidos en diversos vehículos, pasaban á su lado, le obligó á redoblar su atencion y sus precauciones, para no ser visto del que espiaba.

— ¡Ahí le tienes! murmuró al oido de su compañero, asiéndole fuertemente del brazo, y arrastrándole detrás de la caseta del resguardo.

— ¡Me alegro mucho! respondió aquel.

— Hablando con el mozo de un omnibus.

— Supongo que si va en coche no pretenderás que le sigamos á pié.

— Espera, espera—continúo el curioso redoblando su atencion,—le da una propina, y le deja una tarjeta ó una apun-tacion.

— ¿Y sube en el coche? Porque eso simplificaría mucho nuestro trabajo.

— No, dijo el otro rápidamente; vuelve á Madrid: ven, ven; se-parémonos aquí, para dejarle paso y que no nos vea.

— ¡Así se le lleven los demonios! exclamó su amigo, siguiéndole maquinalmente en direccion al paseo del Botánico.

— Simon tomó la vuelta por el mismo camino que á la ida ha-bia llevado, es decir, por la calle de Atocha, y seguido siempre, aunque á distancia, por los dos compañeros, llegó á la pla-zuela de Matute y entró en un café, mientras sus amigos se si-tuaban en la acera de enfrente. Viéronle desde allí, á través de las puertas y ventanas, abiertas por lo caluroso de la mañana, sentado á una mesa, escribiendo rápidamente en un plieguccillo de papel, que cerró luego en forma de carta, y esto hecho, salió otra vez á la calle tan rápidamente, que sus espías no tuvieron tiempo sino para meterse en un portal, y dejar otra vez que les adelantase.

Retrocedió, en vez de seguir la calle arriba, y entrándose por la del Leon, llegó á la del Prado, penetrando en una de sus casas de la cual salió á poco. Y como pasase en aquel momento un co-che de alquiler, llamó al cochero que perezosamente le guiaba, y ocupando el desvenecijado vehículo, desapareció á la vista de sus perseguidores.

—Ya no nos queda que hacer mas que una cosa, dijo el entusiasta.

—Declararnos locos, y que nos paguen una celda en Leganés.

—No: averiguar quién vive en esa casa.

—Te declaro que lo averiguarás tu solo, porque á mí maldito lo que se me importa.

—Corriente; pero confiesa que tu curiosidad está tan excitada como la mia. Además, que en el café todos nos conocemos, todos tenemos nuestros secretos, y es bueno saber con quién tratamos, añadió con aire de importancia;—Y dirigiéndose á un mozo de cordel que preparaba á la sombra su chaqueta y su rollo de cuerda para establecerse confortablemente,

—Buen amigo,—le dijo,—¿quiere V. hacer el favor de decirme quién vive en esa casa de enfrente?

—¡El Ministro de la Gobernación! respondió el hijo del Principado con la seriedad propia de su raza.

—¿Lo has oído?

—Sí, ¿y qué? preguntó fingiendo todavía indiferencia el tertulio chistoso.

—¡Nada; que me dejaría cortar la mano derecha si no es Simon lo que yo me figuro!

—¿Y qué te figuras tú que puede ser?

—¿No lo adivinas? ¡Agente secreto de policía! le contestó al oído su amigo.

—¡Vaya, hombre, que descanses! le replicó el sarcástico:—para eso no era necesario el *jabon* que nos hemos dado.

—¿Por qué?

—Porque yo ya lo sabia.

—¡Tú!..... ¡Mentira! ¿En qué lo has conocido?

—En que nos ha pagado el café: por los tiempos que corren, solo la gente de mal vivir es capaz de generosidad tan insolente.

—Lo cierto es que me alegro de poder afirmar con datos seguros á nuestros amigos, que es preciso que vivamos alerta con compañía tan peligrosa.

.....  
 .....

Con efecto, aquella misma noche no se habló en el café de otra cosa que de Simon, de sus disfraces y de su disimulo ma-



quiavélico. Aquellos hombres, que solo por ser españoles y desocupados, pertenecian cada uno á un partido político, el cual, para hablar con verdad, ni aun de la existencia de cada uno tenia noticia, sintieron realizada su importancia á sus propios ojos al considerar el peligro por que habian pasado, admitiendo en el círculo de su intimidad nada menos que á un agente de policía, y por unanimidad acordaron, á riesgo de arrostrar sus persecuciones, desenmascararle y hasta romper de golpe con amistad tan peligrosa.

Pero fuese natural desconfianza, fuese certeza de haber sido descubierto, el hábil jugador de manos les evitó dar este paso aventurado, no presentándose aquella noche ni las siguientes en el ahumado y bullicioso café de la calle de Jardines.

.....  
 .....  
 ¡Cuál no hubiera sido el asombro de sus habituales concurrentes, y en especial de los dos avisados y despiertos mozos que se ufanaban con haberle expiado, si hubieran podido leer la es-  
 quela que, en caracteres cifrados, dejó Simon en la antesala del ministro á un criado de su confianza!

El papel escrito en el café no contenia mas que estos renglones.

«El P. Albizu ha llegado hoy.

»Cumpliendo las instrucciones de V. E., á estas horas soy conocido en Madrid como agente de policía al servicio del Gobierno. Me he hecho seguir por dos habladores de café, que extenderán la noticia en tiempo oportuno.»

## CAPITULO V.

### TIA Y SOBRINO.

No diremos que ha desmerecido, pero sí que ha cambiado de aspecto la tertulia íntima de Tula Scheneider con la ausencia de Ruiz del Busto y del Conde de Cavia.

Era sin disputa el primero el mas brillante de sus concurren-

tes; sus noticias las mas frescas, sus chistes los mas nuevos; sus opiniones, las mas decisivas.

El segundo, aunque brusco y desdeñoso, gozaba, sin embargo, de ese prestigio con que se impone siempre, aun en las sociedades mas democráticas, el representante de una gran raza; prestigio que el Conde de Cavia realizaba personalmente con las dotes de un ingenio nada vulgar, y con los atractivos personales de su figura y porte.

La misma señora de la casa, que jamás hubiera confesado que en ella pudiera faltar nada, en tanto que ella no faltase, no podia menos de confesarse interiormente que la ausencia de aquellos dos amigos habia labrado en su círculo íntimo un gran vacío.

Mas distraida que de costumbre escuchaba, ya un trozo de música del porvenir, ya una confidencia del presente de cualquiera de sus habituales contertulios; pero aquella atmósfera de supremo desden y de elegante indiferencia que una sonrisa ó una mirada de Juan Antonio iluminaba, cambiábase lentamente en un aire caliginoso y pesado, en el que la hermosa alemana respiraba con dificultad algunas noches.

En este estado los ánimos, natural era que muchas noches girara la conversacion sobre aquel suceso, en otra ocasion indiferente, de las elecciones de Duradon.

Además de las cartas que, en su condicion de amiga íntima y musa tutelar, recibia Tula de Juan Antonio, y que unas veces en su totalidad, otras saltando algunos párrafos, leia á sus tertulianos, repasaba asiduamente los sueltos y noticias políticas de los periódicos, relacionadas con las elecciones: y hasta *El Eco del Aranduela*, humilde publicacion local, obtenia el privilegio, para ella hasta la fecha desconocido, de figurar sobre las mesas y veladores, elegantemente revueltos, de un salon á la moda.

Así se supo en casa de Tula que el éxito de aquellas elecciones iba presentándose muy dudoso para sus amigos, los cuales tenian que luchar, no solo contra la influencia del Gobierno, sino contra ciertas cuestiones locales, que dividian considerablemente en Duradon las fuerzas de sus partidarios.

«Creíamos haber llegado á tiempo—decia Juan Antonio en una carta—y resulta que hemos llegado tarde. En Madrid no se



sabe lo que es una eleccion en provincia. Aqui no se hace la política como en el Casino y en el salon de conferencias. No crea usted que vamos á salir diputados, aun dado caso que triunfemos. Vamos simplemente á resultar concejales de este ayuntamiento, y lo que se ventila en resumidas cuentas es si hemos de serlo nosotros ó nuestros contrarios.»

Pero con quien Juan Antonio se comunicaba mas frecuentemente era con Lorenzo Perez, el redactor de periódico que preparó en su favor la opinion pública con el significativo artículo que ya conocen nuestros lectores.

Sus cartas á este eran concisas, como un despacho telegráfico, y de una precision imperativa, semejante á la de una nota diplomática.

En una de ellas la decia: «El Gobierno no nos combate lo bastante. Para triunfar es preciso que nos voten los progresistas hoy retraidos, y no nos votarán ni uno solo si continuamos pareciéndonos *incoloros*. Haga V. reproducir alguno de los artículos mas calientes de *mi primera época*, y atice V. el fuego de los periódicos ministeriales contra nuestra significacion política. Si es preciso llamarme demagogo, llámemelo V.»

No ignoraba Tula la intimidad que entre uno y otro amigo mantenía su propia conveniencia y la especial naturaleza de su posicion respectiva.

Lorenzo Perez era uno de tantos periodistas que, contravieniendo, ó por timidez ó por orgullo, la conocida máxima de que «por el camino del periodismo se llega á todas partes, con tal que á tiempo se salga de él,» se obstinaba en ser periodista á secas, periodista literario, ó como dicen los franceses, periodista «pour l'amour de l'art.»

Utilísimo para el oficio, lo que le hacia ser muy buscado por todos los directores, que además de tener un periódico muy leído, querian que saliese regularmente escrito, Lorenzo Perez ni se habia afiliado á tiempo en un grupo político, ni como afirmaban sus mejores amigos en el caló especial de su carrera, *tenia ropa* para ser, ni aun para parecer un personaje.

A los treinta y cinco años de edad continuaba siendo un muchacho; muy listo, muy agudo, muy simpático y muy útil, si se quiere, pero un muchacho.

En cambio Juan Antonio, su amigo, no mas viejo que él, pasaba por un hombre importante, grave y de peso.

Demasiado literato para ser político, demasiado político para llegar á ser un verdadero literato, sin aptitud ni aspiracion marcada en ese revuelto mar de esperanzas contradictorias, de tendencias opuestas y de corrientes complicadas, caudal mostrenco, y por lo mismo disputado por la juventud de nuestras modernas sociedades, Lorenzo Perez estaba condenado á ser un Lorenzo Perez perpétuo. y aun muchos le llamaban Lorencito.

El candidato á diminutivo tan característico no maldecia como tantos otros de su condicion, y antes al tontrario, parecia contento de ella. Un fondo de franca alegría, una seguridad sincera y modesta en su propio mérito, y mas que nada, una luz natural que en lo íntimo de su conciencia le inducia ó le apartaba de los caminos bueros ó malos que lo accidentado de la vida política abria á su paso, mantenian á este muchacho puro en medio de las corrupciones morales que bullian á su alrededor, y daban á su alma el duro temple, que solo presta al hombre la satisfaccion moral de una vida honrada.

No vaya á creerse por este bosquejo de su carácter, que fuese Lorenzo ni un rigorista ni un estóico, pero en cambio podria asegurarse que nunca llegaria á ser ni positivista ni cínico.

Era además Lorenzo excelente hombre de familia. Reduciase la suya á su tia la Baronesa del Ter (*Terque, quaterque beata*, la llamaban algunos amigos malignos), excelente cuanto desvalida señora, no obstante su título nobiliario, de la que su sobrino era constante compañía, sosten y amparo.

SANTIAGO DE LINIERS.

(Se continuará.)



## O D A.

---

No lamentos, oh España, tu pobreza,  
 Tu desventura sí; pues, no lo dudes,  
 En tesoros no estriba la grandeza:  
 Oro te sobra, faltante virtudes.

¿Qué hiciste de la fe, que cien naciones  
 Rindió á tu suave yugo por trofeo;  
 Y qué de la lealtad? Ya en tus pendones  
*Dios, Patria y Rey* medio borrados leo.

¿Por quién ya con indómita pujanza,  
 Del Belga asombro, del Alarbe espanto,  
 Armado de diamante y de venganza,  
 El rayo de Austria vencerá en Lepanto?

¿En quién tendrá su pensamiento fijo  
 Colon, para lanzarse al ponto oscuro?  
 ¿Por quién Guzman, para inmolar al hijo,  
 El hierro santo arrojará del muro?

Con hidrónico afan intentos viles  
 En la ruina comun cifran su medro,  
 Sin ver que en vano cavan los reptiles  
 En la raiz de incorruptible cedro.

Ya tiene altares la avaricia impura;  
 Ya son ¡oh mengua!, entronizado el vicio,  
 La ingratitude ingenio y travesura,  
 Gala el descaro, y la calumnia oficio.

Parásitos, que ayer vibrásteis palmas,  
Encended hoy el pecho en saña fiera:  
La lealtad, honra y prez de nobles almas,  
Ya se pone á ganar cual vil ramera.

Vates, vosotros no; porque os inspira  
Lo grande, lo inmortal, no lo caduco,  
Y no se os dió la prepotente lira  
Para ensalzar la estátua de Nabuco.

¿No veis cómo engañando á incáuta plebe,  
Y cómo, de la pátria al grito sorda,  
Mintiendo libertad, astuta, aleve  
La barbarie de Atila se desborda?

Tened sus iras, cual la Voz Sagrada  
Al Azote de Dios contuvo un día;  
A su encuentro salid, la sien orlada  
Con el laurel que al rayo desafia.

Pueblo, el paso deten, á horrendo abismo  
Te arrastran tus solícitos bufones,  
Ladrones de tu fe, de tu heroismo,  
Y de tu paz doméstica ladrones.

Su amor vanas palabras; especula  
Contigo su ambicion: ¡oh! turba necia,  
El mercader de sangre que te adula  
Cuando te adula más, más te desprecia.

Servirás de escabel á falso amigo  
Doblará tus cadenas ciento á ciento;  
Que no puede ser fiel para contigo  
Quien no guarda palabra y juramento.

Será tu gozo afan, dolor tu canto,  
La desesperacion tu sola herencia.  
¿Cuál es el mal porque hoy te quejas tanto?  
No es el Rey quien te duele, es tu conciencia.



Sin premio el sábio, el criminal impune,  
Glorioso el vicio, la virtud con luto,  
En muerte y perdicion cójese el fruto  
Del lazo vil que á los malvados une.

Falaz plegaria al cielo no importune  
Del soberbio y avaro y disoluto;  
Que ya hácia el Capitolio marcha Bruto,  
Y Atila ya sus bárbaros reúne.

Alma, sumisa á Dios, en noche oscura,  
Dè tempestad horrenda combatida,  
Triunfa serena de implacable suerte:

Pues es del mundo la mayor locura  
Llamar al tiempo fugitivo vida,  
Y que la eternidad se nombre muerte.

AURELIANO FERNANDEZ-GUERRA Y ORBE.

## SECCION BIBLIOGRÁFICA.

---

I. Causas que fuera largo y poco interesante exponer, han retrasado hasta ahora la publicacion de estas noticias, relativas en parte á libros divulgados durante el mes anterior. Poco importa tardanza tan leve cuando los libros tienen verdadero y absoluto valor, como por dicha sucede en este caso.

En ley de cortesía debemos otorgar el puesto de preferencia á un extranjero, Cárlos Graux, helenista francés, y á la par benemérito, como pocos, de la erudicion española. El cual ha publicado en la *Bibliothèque de l'Ecole des Hautes Etudes* que ve la luz bajo los auspicios del ministerio de Instruccion Pública de la vecina Francia, un *Ensayo sobre los orígenes de la coleccion de manuscritos griegos del Escorial*, abultado volúmen de 529 páginas. Obra es esta, que á la vez nos admira, deleita y contrista. Duro es decirlo; pero si la verdad no se dice alguna vez, ¿cómo hemos de enmendarnos? El Sr. Graux ha puesto la ceniza en la frente á nuestros helenistas, viniendo á España, subvencionado por un gobierno extranjero, á catalogar los manuscritos griegos que no habíamos catalogado nosotros, y á hacer la historia de nuestras colecciones, en que jamás habíamos pensado. Y la ha hecho tan admirablemente, que su libro, mas que *ensayo* (como por modestia del autor se apellida) acerca del fondo griego del Escorial, viene á ser el primer estudio sério sobre los estudios helénicos en España, que todavía esperan una historia como la que hizo Egger del *helenismo en Francia*.

Cierto que el Sr. Graux, encerrado dentro de los límites demasiado estrechos que ha querido fijarse, ha tenido que relegar á las notas grandísima parte de la erudicion que de las mejores fuentes habia recogido. Pero así y todo, ya de propósito, ya por incidencia, nos da mas pormenores que nadie, de la vida lite-



raria de los helenistas españoles del gran siglo, sobre todo de D. Diego de Mendoza y de Antonio Agustin.

Aunque muy amante de las cosas de España el Sr. Graux, no traspasa los límites de la justicia en los elogios que hace de nuestros helenistas del Renacimiento, y aun me parece (quizá sea amor pátrio ó sobra de afición nacida de trato familiar con los libros de alguno de ellos) que se queda algo corto, y achica demasiado la importancia de sus trabajos. Verdad es que casi todos ellos tuvieron negra fortuna en lo de ser conocidos y apreciados: *habent sua fata libelli*. ¿Qué fué de aquellas enormes tareas de Juan Páez de Castro para enmendar el texto de Aristóteles y de los comendadores Peripatéticos? ¿Qué de la mayor parte de las fatigas del otro insigne aristotélico Pedro Juan Nuñez? Todo desapareció, dejándonos solo el dolor de su pérdida, y el de que otros vinieran despues á arrebatarnos la gloria, volviendo á hacer lo que ellos, no solo comenzaron, sino que en buena parte llevaron á término.

Uno de los aspectos mas interesantes en la historia de la erudicion helénica del siglo XVI es el entusiasmo bibliográfico, aprendido de los italianos, el afán de buscar y atesorar códices, y más aún la generosidad, franqueza y buena fe literaria con que los doctos de aquel dichoso siglo se comunicaban y prestaban mutuamente sus riquezas. Graux ha tejido esta deleitosa historia con el mayor saber y arte, utilizando, como nadie lo habia hecho hasta ahora, la correspondencia de Antonio Agustin, la de D. Diego de Mendoza y sus amigos, publicada en los *Progresos de la historia de Aragon* por el arcediano Dormér, el catálogo impreso de la biblioteca del Arzobispo de Tarragona, muchos catálogos é inventarios manuscritos, y cartas y especies sueltas de todo género. Graux sabe amenizar la historia de la formacion de una biblioteca, no solo por lo claro y lúcido del estilo, cualidad comun en escritores franceses, sino por la discreta sagacidad con que induce y expone sus conjeturas.

De algunas colecciones griegas del siglo XVI no queda mas que la fama, y noticia de algun códice. Así acontece, p. e., con la de Gonzalo Perez, padre del secretario Antonio, y traductor de la *Odisea*, el cual poseyó un San Juan Crisóstomo con muchas homilias inéditas, que pensó publicar en Paris, no Fr. Luis

de Leon (como se inclina á creer Graux), sino mas bien su implacable enemigo el maestro Leon de Castro, discípulo del comendador Hernan Nuñez, y profesor de griego en Salamanca.

Tampoco es posible hacer hoy el inventario completo y seguro de los libros griegos que tuvo el Doctor Juan Páez de Castro, aunque esta coleccion será siempre memorable por haber pertenecido á ella aquel famoso manuscrito *De legationibus* (tít. 27 de la compilacion de Constantino Porfirogeneta), del cual todos los amigos de Páez sacaron cópias, dejando, con todo eso, á Hoeschel y á Fulvio Orsini la gloria de enriquecer la bibliografía helénica con preciosos fragmentos de Polibio, Diodoro, Dionisio de Halicarnaso, Dion Casio, Apiano y otras mas oscuros historiadores, en aquella compilacion extractados.

Algo semejante puede decirse de la biblioteca griega de Zurita, cuya mas preciosa joya fué el manuscrito de la *Crónica Pascal*, adquirida por él en Sicilia en 1552, y publicada por Radero en 1615. ¡Triste suerte la de los libros de Zurita! Legados por él á la Cartuja de Aula Dei, de allí los sacó arbitraria y despóticamente el Conde-Duque de Olivares, para enriquecer su biblioteca particular, en que míseramente, y sin utilidad de nadie, se perdieron.

De las investigaciones de Graux resulta que tambien poseyeron manuscritos griegos el Obispo de Plasencia é Inquisidor general, D. Pedro Ponce de Leon; los dos Covarrubias, Diego y Antonio, y quizá algun otro; pero estas colecciones, que debieron de ser pequeñas, y compuestas generalmente de copias, ó se perdieron del todo, ó entraron en el grande océano de la Biblioteca Escorialense, que Felipe II trató de enriquecer por todos medios, en general más lícitos y honestos que los que suelen emplear los aficionados modernos.

Quedan reducidas, pues, las colecciones griegas formadas en España en el siglo XVI á tres principales, la del Cardenal de Búrgos, D. Francisco de Mendoza y Bobadilla (autor del célebre *Tizon de la nobleza de España*); la de D. Diego de Mendoza, el insigne historiador, diplomático y poeta, cuyo nombre basta; y la del Arzobispo de Tarragona, Antonio Agustin, uno de los filólogos más de veras que España ha producido, editor de Festo, de Varron y de las *Constituciones bizantinas*, enmendador del Decreto de Graciano y del texto de las Pandectas.



Cada uno de estos personajes tuvo, á guisa de príncipe italiano, una cohorte de amanuenses y corredores de libros á su servicio, por lo general griegos de nacion. Graux nos da curiosas noticias de ellos, especialmente de Andrés Darmario de Epidauró, tan famoso por las ilegalidades y fraudes de sus copias, y de Arnolfo Arlenio, el famoso bibliotecario de D. Diego de Mendoza, de cuyos códices se valió para su edicion Príncipe de Josefo.

Los descubrimientos de Graux son muchos, y no todos de cosas pequeñas. El ha averiguado, y prueba de un modo irrefragable, que la mayor parte de la coleccion del Cardenal Mendoza, donde estaba el *Fócio* que sirvió al P. Mariana para su traduccion latina, se conserva hoy en la Biblioteca Nacional de Madrid. El ha deshecho los errores de D. Juan de Iriarte acerca de los libros que el turco Soliman regaló á D. Diego, y vindicado á este de toda acusacion de robo de códices en la Marciana de Venecia.

Los despojos de las bibliotecas de Mendoza y Antonio Agustin se guardan, como es sabido, en la Escorialense: unos 130 manuscritos de Mendoza (resto de los 300 que llegó á reunir); 98, poco más ó menos, de Antonio Agustin, que poseyó más de 270. Sólo estos respetó el terrible incendio de 1671; y recorriendo el catálogo, así de los conservados como de los perdidos, así de los originales como de las copias, puede formarse clara idea de las aficiones y estudios predilectos de nuestros humanistas. Los Padres de la Iglesia, los filósofos, sobre todo Aristóteles y sus comentadores, los historiadores, los médicos y los matemáticos están en mayoría sobre los poetas. Así se comprende que nuestra pátria produjese en aquella centuria peripatéticos helenistas tan notables como Sepúlveda, Nuñez y Cardillo de Villalpando, y un tan ilustre expositor de la *materia médica* de Dioscórides como el Dr. Laguna, y ni un solo comentador ni editor de Homero, ni de los trájicos. ¡Grave falta que no hemos remediado despues!

Imposible es dar en pocas líneas idea cumplida de un libro de tan menuda erudicion como el de Graux. Aquí sólo me toca invitar á su lectura á cuantos tengan amor á los estudios sérios, y avergonzarme y dolerme como español de que desde 1769, fecha de la publicacion del catálogo de Iriarte, ni uno solo de los nuestros

haya pensado en paleografía griega, siendo preciso que vengan Miller primero y Graux despues, á catalogar los manuscritos del Escorial y á hacer su historia, que es al mismo tiempo la de una fase, no poco gloriosa de nuestra ciencia filológica, hasta aquí olvidada ó desconocida. Repito que el libro de Graux no es de pura y seca erudicion, sino que, gracias al arte exquisito del autor, resulta cuadro fiel y animado del modo de sentir, obrar y pensar de los humanistas del buen siglo.

II. Otro trabajo de erudicion, aunque menos extenso y de diversa índole, ha venido á regocijar estos dias á los amantes de nuestras antigüedades eclesiásticas. Me refiero á los *Suplementos del Concilio Nacional Toledano VI*, publicados por el P. Fita, que ya en 1870 habia impreso en *La Ciudad de Dios* una de estas piezas, y no la menos interesante: la retractacion de los hebreos toledanos, que despues del bautismo habian vuelto á sus antiguas prácticas. Los otros documentos son la sentencia en favor de Marciano, Obispo de Ecija, y la famosa carta de San Bráulio al Papa Honorio I, publicadas ya, la primera por Florez, y la segunda por Risco, aunque con graves yerros, que á veces hacen ininteligible el sentido. El P. Fita nos da por primera vez el texto íntegro, fiel y correcto, tomándole del famoso *Códice Samuelico*, que por dicha se guarda en el archivo de la catedral de Leon. Al original latino de cada una de las tres piezas, acompañan su traduccion castellana y notas breves y eruditas.

Aún lo son más las observaciones finales, en que el editor prueba que es fábula la expulsion de los judíos, atribuida á Chintila, y que el célebre juramento exigido á los Reyes godos antes de ceñir la corona, se referia, no á los judíos públicos y no bautizados, sino á los judaizantes. Y lo mismo debe decirse de la decretal del Papa Honorio. Asi él, como la Iglesia española, quedan hermosamente vindicados en este opúsculo, y hecha polvo una vez más la vieja fábula regalista de la independendencia de la Iglesia hispana respecto de Roma.

III. Las letras amenas se han enriquecido con un nuevo libro del insigne pintor de costumbres montañesas, D. José María de Pereda. Titúlase *Esbozos y rasguños*, y es una serie de artículos, pertenecientes algunos de ellos á la primera juventud del autor, y otros á la época de madurez de su ingenio. Aunque casi todos



ellos habian visto antes la luz pública en periódicos, y revistas de Santander y de Madrid, bien puede decirse que eran desconocidos, aun para la mayor parte de los admiradores del autor. Fuera de que el libro contiene algunos cuadros enteramente inéditos, y quizá superiores á los antiguos.

Sobre todos ellos se levanta, y es sin duda joya preciosísima, y tal que basta para dar alto precio al libro en que se encierra, la descripción de la memorable *galerna* del año 1878 «el mayor desastre que registran los cántabros anales.» Pereda ha escrito cosas iguales á este cuadro, pero ninguna mejor. Quien haya leído *La leva* en el primer tomo de *Escenas montañesas*, recordará de seguro aquellos dos maravillosos personajes que un crítico llamó *cervantescos: el Tuerto y Tremontorio*. Quizá tienen más de shakespeareanos: fisonomías recias, acentuadas y vigorosas, movimientos ásperos, elocuencia natural y robusta. Tan honda realidad estética conservan, que al verlos reaparecer en *El fin de una raza* (título del nuevo *rasguño* de Pereda), los saludamos como á antiguos amigos. En realidad *la galerna* es la segunda parte de *la leva*. Si en la primera hay más frescura y primaveral energía, correspondiente á los verdes años del autor cuando la trazaba, en la segunda brilla un arte más exquisito, penetrante y reposado, un modo más alto, sereno y benévolo de contemplar la naturaleza y la vida humana. Sin renegar el autor de su antiguo realismo, idealiza, transfigura y realza á sus humildes marineros hasta convertirlos en héroes y mártires épicos del trabajo. ¡Qué descripción tan nerviosa, viril y en algun trecho hasta sublime, es la que Tremontorio hace de la tormenta! ¡Qué lengua tan enérgica y opulenta de color ha sabido hacer Pereda del rudo hablar de nuestros costeros!

Entre los demás cuadros, reunidos en este tomo, los hay exclusivamente locales, y para mí los mejores de todos, son las *Reminiscencias*, *El primer sombrero* y *Un marino*. Aunque el lector no sea de Santander ni conozca los lugares y tipos retratados, no dejará de deleitarse con la viveza, soltura y desenfado del retratista. En suma, el libro, aunque hecho con rebuscos de la abundante vendimia del autor, ofrece por donde quiera sabrosa y variada lectura, y contiene páginas que vivirán tanto como sus novelas largas.

IV. En bellísima edicion, modelo de elegancia y nitidez tipográficas, comparable con los clásicos de Lemerre y con lo mejor que en Francia se ha hecho, acaba de imprimirse (formando parte de la coleccion de escritores españoles, antiguos y modernos, inaugurada con el *Romancero* de Valdivieso), el primer tomo de las obras dramáticas de D. Adelardo Lopez de Ayala. Van en este tomo sus primeras comedias: *El hombre de Estado*, *Los dos Guzmanes* y la zarzuela *Guerra á muerte*. Juzgar á Ayala por estas primicias de su ingenio (ya sobrado aquilatadas por la crítica), sería notoria injusticia. Hacer un estudio completo de su genialidad artística y condiciones dramáticas, cuando aún no ha llegado á término la edicion de sus obras, estaría muy fuera de su lugar. En uno de los tomos posteriores hará el Sr. Cañete este trabajo, y lo hará de perlas. Entónces será ocasion oportuna de formular nuestro juicio, en nada diferente del suyo, acerca de las obras del gran maestro. Ahora (y haciéndonos eco de las palabras del Sr. Tamayo en una breve y discretísima advertencia que precede á esta edicion), séanos lícito tributar recuerdo de póstuma admiracion al «vigoroso y honrado creador de *Un hombre de Estado*, de *Rioja*, de *El Tejado de vidrio*, de *El Tanto por ciento* y de *Consuelo*, obras en que lo bueno y lo bello se dan la mano para enseñorearse de las almas, deleitándolas y embelleciéndolas, obras admiradas de los hombres, y quizá gratas á los ojos de Dios.»

V. Con el rótulo de «Autores dramáticos y joyas del teatro español,» acaba de estamparse el primer cuaderno de cierta lujosa publicacion que, además de la obra capital entre las dramáticas de cada autor, incluye su retrato, biografía y juicio. El Sr. Cañete, á quien motivos mu y poderosos de amistad, compañerismo, y reciente agradecimiento me vedan elogiar aquí como él merece, ha encabezado esta edicion con un rápido y sustancioso juicio de las obras del Duque de Rivas, verdadero padre del romanticismo español, y padre del drama mas nacional en el espíritu y en las costumbres, mas ámpliamente concebido y mas vigorosamente ejecutado de cuantos produjo aquella literaria revolucion. *Don Alvaro* ha sido, y no podia menos de ser, la primera obra incluida en esta coleccion.

VII. La *Academia de buenas letras de Barcelona*, que no solo remonta su abolengo á los tiempos de Carlos III, sino que es here-



dera y sucesora de los timbres de la *Academia de los desconfiados*, que floreció en los últimos años de la dinastía austriaca, ha reanudado, despues de largo, aunque no culpable, silencio, sus gloriosas tradiciones, con la publicacion del tercer tomo de sus *Memorias*. Ningun erudito desconoce los dos primeros, porque alli está el mejor tratado de crítica histórica que posee España. El presente volúmen se compone de memorias y disertaciones sueltas, casi todas sobre asuntos históricos y arqueológicos del Principado. Del Sr. Milá y Fontanals hay un suplemento á su antigua memoria sobre *Olérdula*; del Sr. Puiggari, noticias de artistas catalanes de la Edad Media y del Renacimiento, no incluidas en las obras de Llaguno y Cean Bermudez; del Sr. Luanco, una noticia del libro inédito contra los alquimistas, que él se inclina á atribuir á Bernardo Estruch, y yo á Fr. Nicolás Eymerich; del Sr. Parassols, curiosas aclaraciones acerca de los bandos de Nyerros y Cadels, tan enlazados con el origen de la *guerra de los segadores* y con el Roque Guinart del *Quijote*. Y finalmente, aparte de otros estudios menos extensos ó mas locales, el Sr. Rubió y Ors, infatigable y sagaz investigador, y escritor terso y elegante, nos presenta reunidos en este volúmen su monografía, ó mas bien libro, acerca de *Brunequilde y la sociedad franco-galo-romana del siglo VI*; su breve reseña (mejor diríamos cumplida historia) de los *orígenes del Renacimiento catalan moderno*, en que demuestra, contra la opinion de Paul Meyer, que no influyeron poco ni mucho en él los modernos *felibres* provenzales, que en su aparicion son posteriores á Aribau, al mismo Rubió y á otros de menos cuenta; una memoria acerca del verdadero invento de Blasco de Garay, en que se prueba irrefragablemente que fué invencion hidráulica, y no máquina de vapor, la que ensayó aquel ingenioso artífice en Barcelona; y nuevos y curiosos pormenores acerca de la composicion y publicacion de las dos monumentales obras de Capmany, *Libro del consulado*, y *Memorias históricas de la marina, comercio y artes de la antigua ciudad de Barcelona*, únicas hasta la fecha en España.

Felicitemos á la Academió de Barcelona por este nuevo y sabroso fruto de sus tareas, en que nada hay que no lleve el sello de la investigacion docta y concienzuda.

## CRÍTICA DRAMÁTICA.

---

La zarzuela histórico-trágica *Los amores de un príncipe* en el TEATRO DE APOLO.—Éxito de *El gran Galeoto*, drama de D. José de Echegaray, en el TEATRO ESPAÑOL.

---

Los sucesos notables y los personajes históricos han dado asunto á la musa escénica para varias de sus mejores creaciones desde los orígenes del teatro. En la antigüedad clásica lo comprueban elocuentemente el *Agamenón* y *Los persas* de Esquilo, el *Edipo rey* y el *Filoctetes* de Sófocles, la *Medea* y el *Hipólito* de Eurípides, joyas de la dramática griega, y las retóricas imitaciones debidas al único trágico latino de quien han llegado á nosotros dramas enteros. Atestiguanlo en la edad moderna, entre otros muchos ejemplos que pudieran citarse, el *Ricardo III* de Shakespeare y el *Cinna* de Corneille, *La Numancia* de Cervantes, *Las mocedades del Cid* de Guillén de Castro, *La prudencia en la mujer* de fray Gabriel Téllez, *La hija del aire* y *La cisma de Ingalaterra* de D. Pedro Calderón. También han buscado en la historia alimento para su inspiración dramática ingenios más próximos á nuestros dias. Recordaré solo dos de diversa índole, pero de fama igualmente universal: el italiano Alfieri y el alemán Schiller. Ambos han querido dramatizar acontecimientos y personajes de nuestra España en la época de su mayor grandeza y poderío; mas al hacerlo, ni uno ni otro han respetado la verdad, antes bien la han atropellado sin conciencia, así en la tragedia denominada *Filippo*, como en el drama que se titula *Don Carlos*.

La falaz y novelesca suposición que sirve de fundamento á estas dos obras y al libreto de una ópera de Verdi, es la misma que se desarrolla en *Los amores de un príncipe*, zarzuela original en tres actos y en verso estrenada recientemente en el Teatro de



Apolo. Aunque por sus condiciones literarias la nueva zarzuela no merece ocupar mucho la atención de la crítica, haría mal ésta en no decir algo acerca de las especiales circunstancias de semejante producción. Dos consideraciones de cierto peso me mueven á creerlo así: en primer lugar, el arrojó y la especie de seguridad en sus propias fuerzas que manifiestan implícitamente D. José Sala Julián y D. Ramiro Siguert aventurándose á dar á la zarzuela, por lo común retozona y alegre, color y aparato de tragedia histórica; en segundo lugar, la índole del asunto escogido y el modo particular de tratarlo, sobre todo en lo que atañe á la verdad de los sucesos y al carácter de los personajes históricos que intervienen en la fábula. En este punto la crítica debe ser tanto más severa, cuanto mayores son hoy los medios de conocer con exactitud lo que aquellos fueron, y mayor también, por lo tanto, la responsabilidad moral del poeta que los desnaturalice ó calumnie.

Si el libro de los Sres. Sala y Siguert no hubiese aparecido en la escena engalanado con música del inspirado maestro D. Tomás Bretón, amparado por la perfección y hermosura que generalmente distingue á la que da vida y encanto á las situaciones del poema, no habría habido fuerzas humanas que lo librasen de un naufragio. Tal es la carencia de arte con que ha sido concebido y desarrollado. Pero á vueltas de ello, y aun quizás por el mismo escaso valer del poema, se ha patentizado una cosa en la que no he tenido nunca duda, y que tal vez pueda influir ventajosamente en la futura suerte de la zarzuela: esto es, que todos los asuntos, aun los más dramáticos y de mayor alteza poética, entran en las condiciones de un género literario mirado hasta aquí con injusto desdén por los que no han apreciado bien su importancia; y que procurando dar á esta clase de obras la elevación y el calor de que es susceptible, se llegará naturalmente, mejor tal vez que por ningún otro camino, á la suspirada creación de la verdadera ópera nacional.

El hecho me parece indudable.

Antes de ahora se había creído comunmente que la comedia urbana, de carácter ó de intriga, cimentada en nuestras actuales costumbres ó en las de otros siglos, al modo de *Jugar con fuego*, y el melodrama parecido á los de Bouchardy, como *Los Magiares*

y *El valle de Andorra*, eran lo más encumbrado á que en el género sério podia remontarse la zarzuela. Si hace algunos años (sobre todo en aquellos de funesta recordacion en que predominó el género bufo) hubiese alguien manifestado propósitos de escribir una zarzuela histórica de carácter trágico, donde solo se diese parte insignificante ó muy secundaria al elemento cómico, la inmensa mayoría del público le habria tenido por extravagante ó por demente. Verdad es que en varias zarzuelas del género melodramático, tales, por ejemplo, como *La guerra santa*, hemos visto ya situaciones cuyo vigor les comunica una grandeza que hasta cierto punto las pone en relación, si no las confunde accidentalmente, con las peculiares condiciones de lo puramente trágico; y que esas situaciones, realzadas por el talento de compositores músicos tan inspirados y de tanto saber como Arrieta, han sido sin duda las que han causado mayor impresión en el ánimo del auditorio. Pero nadie se había atrevido á encajar una zarzuela en el marco de la tragedia de carácter sombrío, por no pugnar con la índole de un género que se consideraba llamado exclusivamente á cosas de muy distinta naturaleza. En este concepto el arrojado de los Sres. Sala y Siguert me parece digno de elogio, porque nos ha proporcionado ocasión de conocer, mediante lo acaecido con tal ensayo, el gran éxito que podrá conseguir una zarzuela del género poético más elevado, cuando música tan buena como la de Bretón, único salvador de *Los amores de un príncipe*, sirva de complemento y de esmalte á la hermosura de un poema capaz de conmover é interesar al espectador.

Desgraciadamente el libro de la nueva zarzuela no llena estas condiciones, esenciales en toda creación dramática. ¿Por qué? Voy á decirlo.

A pesar del tenaz empeño con que los flamantes regeneradores de la sociedad procuran pervertir el corazón y el entendimiento de la multitud, para llegar más fácilmente al logro de sus inícuos propósitos, existe aún en la mayor parte de los hombres algo que les hace mirar con repulsión lo que está fuera de las leyes naturales, ó pugna con los eternos é inmutables principios de la moral verdadera. La literatura, instrumento poderoso para el bien, poderosísimo para el mal, segun lo están demostrando ahora mismo en casi todas las naciones de Europa dolorosas pertur-



baciones y catástrofes terribles, se ha puesto en gran parte al servicio de las más funestas ideas, sobre todo desde hace cosa de medio siglo, sin que entre nosotros hayan llegado todavía al lastimoso punto que en otros países la perversidad de las doctrinas ni la degradación del ingenio. Esto explica el mal efecto que causan en nuestro teatro (cuando la pasión ó el interés de partido no los escudan á toda costa) ciertos desvaríos del numen contrarios á la verdad de la naturaleza ó á los fundamentos del orden moral y social. Ni la despótica soberbia de la razón individual, ni el enfermizo arrebató de la fantasía, ni el pernicioso afán de correr sin freno por espacios vedados, en lo que estriba para algunos la libertad que proclaman como esencialmente civilizadora, han conseguido aún perturbar el buen sentido de los pueblos, del modo que sería menester para que desconociesen por completo la realidad de las cosas y equivocasen ó trocasen las nociones de *bueno* y *malo*. Sólo á favor de una perturbación de esta especie podría despertar interés lo que sirve de fundamento á la acción de *Los amores de un príncipe*.

Los autores del libro de esta zarzuela han tenido poquísimo acierto en la elección del asunto. Prescindiendo (y es mucho prescindir) de la falta de patriotismo que envuelve la idea de pintar con negros colores á uno de los más grandes reyes de España, como lo han hecho por sistema los constantes enemigos de nuestras glorias, es de notar la falta de arte y de gusto que supone el hecho de buscar inspiración en aquello que no puede ser en ningún caso fuente de verdadera belleza artística. En buen hora que los envidiosos del poderío español en la época de su apogéo, y los sectarios empeñados é interesados en deprimirnos inventen patrañas que no pueden menos de envilecer á los mismos á quienes intentan sublimar. Pase que personas de tan gran talento como la baronesa de Stael, ó por prejuicio desfavorable á nuestra nación, ó por supina ignorancia de nuestras cosas, incurran en los disparates que dice aquella cuando habla de Felipe II al discurrir sobre el *D. Carlos* de Schiller. Pero que hombres nacidos en esta pátria cierren los ojos á la verdad ó tomen por moneda corriente invenciones malévolas y calumniosas, para sacarlas al teatro y exponerlas á la vergüenza, no puede pasar en manera alguna sin que la crítica imparcial lo anatematicé y condene.

Hablar hoy de los amores de D. Carlos con Isabel de Valois; dar asenso á la engañosa fábula, desmentida ya por documentos irrefutables, de que aquel desdichado príncipe fué condenado á muerte por su padre Felipe II; fantasear el carácter de este monarca presentándolo como un tirano sombrío, y hasta dándole en la representación aspecto de viejo, y vistiéndolo con el traje negro todo con que se le ve en el retrato de Pantoja pintado cuando tendría Felipe unos sesenta años, siendo así que al casarse con Isabel de la Paz sólo contaba treinta y tres y se distinguía por su apostura y por su refinada elegancia, mientras D. Carlos era un niño de catorce años atrasado y enfermizo, son yerros capitales que arguyen total desconocimiento de la historia.

Madama Stael lo ha dicho con la exactitud y lucidez que acostumbra cuando habla de lo que sabe ó conoce, sin dejarse cegar por preocupaciones que ofuscan siempre el entendimiento: el autor que componga un drama histórico debe transportarse á la época é identificarse con las costumbres de los personajes que intente sacar al teatro, y la crítica tendrá razón harta para censurar más que cualquier otro anacronismo los que se refieran á los sentimientos é ideas de esos personajes. En su concepto la poesía fiel debe hacer resaltar la verdad como el rayo de sol los colores, dar á los acontecimientos el brillo que las nieblas del tiempo les hayan arrebatado. Por eso entiende que para representar la historia en obras dramáticas se necesita quizás más imaginación que para crear á placer situaciones y personajes, pues quien se proponga hacerlo tratará inútilmente de efectuarlo, si no reúne al talento de pintar lo verdadero, el de comunicarle poesía.

En *Los amores de un príncipe* ni se pinta lo verdadero ni se hace poética la falsa invención preferida por los autores, en menoscabo de la realidad de los hechos y del respeto debido al buen nombre de los héroes de la fábula. ¿Quién que conozca medianamente la historia podrá ver en el Felipe II de la zarzuela al prepotente *brazo de la cristiandad*, como le llamaba el Pontífice San Pío V; ni al *Salomón de España*, según voz de esclarecidos poetas de aquellos tiempos; ni al que los embajadores venecianos juzgaban monarca tan extraordinario y poderoso, que no parecía sino que estuviese en su mano *el arbitrio de la mayor parte de las acciones del mundo*? ¿Quién reconocerá en aquella reina Isabel



á la pura y casta hija de Enrique II de Francia, á la mujer apasionada y amante de su marido hasta el punto que nos han revelado las cartas dirigidas por ella á su madre Catalina de Médicis? ¿Ni quién sospecharía que aquel príncipe D. Carlos es el desventurado mancebo que laceró tan cruelmente el corazón de su padre, no con deliberado propósito ni por ingénita perversidad, sino porque se reprodujo en él la locura de su bisabuela Doña Juana? ¿Pues qué diremos de D. Juan de Austria, tan antipático y tan distinto de lo que fué el vencedor de los islamitas en las Alpujarras y en Lepanto? ¿Qué de la princesa de Éboli, á quien en vano trataría de identificar el mismo D. Gaspar Muro, que tan diestramente ha desentrañado y escrito la vida de Doña Ana de Mendoza? ¿Qué, en fin, del Marqués de Poza de la zarzuela, en quien no se advierten ni rastros de la poesía con que trazó Schiller este personaje, el más bello de su drama?

No me cansaré de repetirlo: el intento de aclimatar en el terreno de la zarzuela una acción trágica sacada del arsenal de la historia, me parece recomendable y hasta plausible; pero los señores Sala y Siguert han equivocado el camino. Demos de barato que no han hecho profundo estudio del carácter de los personajes que se propusieron representar, lo cual no tendría disculpa tratándose de cosa tan difícil y de figuras de tanta magnitud como las de esta obra. Supongamos que los han desnaturalizado adrede (que sería mucho peor) cediendo á las sugerencias de cierto espíritu vulgar y populachero, y que á tan desdichada propensión se debe el que carezcan de realidad humana, de colorido histórico y de ser propio intensamente dramático. Pero aun siendo así, ¿cómo no han caído en la cuenta de qué el fundamento de la acción (dejando aparte la mayor ó menor verdad é importancia de los caracteres) no es interesante ni puede serlo del modo que ellos lo han imaginado, mientras no se borren por completo las más elementales nociones del deber y del bien obrar? Por ventura ¿cabe en lo racional ni en lo justo simpatizar con un hijo discolo, rebelde, intratable, que á las primeras de cambio se desata en improperios contra el autor de sus días porque condena sus extravíos, y que, abrasado en criminal pasión, pretende correspondencia amorosa de la mujer de su mismo padre? ¿Puede parecernos ideal y poética la esposa avasallada por impuro amor al hijo de su marido? ¿En

qué código moral ó social se sublimó ni se disculpó siquiera el triunfo de la pasión sobre el deber? ¿En cuál se tachó nunca de tirano ni se trató de hacer aborrecible al hombre que no consiente su deshonra, intentada por el que le debe la existencia? Conven-gamos en que no se han imaginado absurdos mayores que el de presentar como víctimas amables y hasta adorables, como figuras dramáticas interesantísimas por su contrariado amor á personas que abrigan una pasión incestuosa, y el de considerar como dís-pota odioso y cruel al desventurado esposo y padre de tan inocen-tes víctimas. El paganismo no llegó á tanto en este punto como el neo-pagano Alfieri, el cual creyó poetizar é idealizar á Isabel de Valois envileciéndola y atribuyéndole amores tan repugnantes. Eurípides, más decoroso y más humano, opuso á la incestuosa pa-sión de Fedra la castidad y el filial amor de Hipólito.

Y si tan repulsivo es el mentiroso *Filippo* de Alfieri, escrito con cierta literatura, aunque no interese ni conmueva á nadie, ¿qué diremos del chapucero desarrollo, del estilo, de la versifica-ción y del lenguaje de *Los amores de un príncipe*, zarzuela que en lo histórico y en lo moral va por el tenebroso camino de la trage-dia italiana? Que el arte tiene poco ó nada que ver con cosas tan descosidas y tan sin arte. Fuera de que lo primero que se necesita para pintar hombres y hacerles hablar y obrar con arreglo á su condición y estado, es adivinarlos ó estar á la altura intelectual necesaria para conocerlos bien. Dejemos, pues, dormir el sueño de su falsedad histórica, de su detestable fin moral y de su insigni-ficancia poética á *Los amores de un príncipe*.

Al día siguiente de haberse estrenado esta zarzuela en el tea-tro de Apolo, se representó por primera vez en el Español un nuevo drama de D. José de Echegaray (en tres actos en verso precedidos de un prólogo en prosa) titulado *El gran Galeoto*.

Pocas veces se ha visto entusiasmo igual al que despertó esta obra en la inmensa mayoría de los espectadores. Salvas repetidas de aplausos, gritos de asombro, ruidos de admiración, cuanto puede lisonjear y envanecer á un poeta dramático parecía poco á los de-votos del autor y de su dramaturgia especial para sublimarlos y encarecerlos. Ni pudieron contenerse tales expansiones en los re-ducidos límites del teatro, antes bien se desbordaron por calles y plazas llevando en triunfo al Sr. Echegaray en las altas horas



de la noche desde la calle del Príncipe á la calle de la Princesa, acompañándole con hachas encendidas del modo que se acompaña el Viático, aclamándole y vitoreándole como se aclamaba y vitoreaba en Grecia á los triunfadores olímpicos.

Á diferencia de lo que acontece en otros casos, tan fervoroso entusiasmo no se ha extinguido con el éxito de la primera representación. Al día siguiente del estreno los periódicos de Madrid, salvo contadas excepciones, salieron rebosando elogios, llenando algunos sus columnas con actos enteros de la obra. La juventud escolar, maestra en apreciar bien el valor de las producciones literarias, celebró pocos días después numerosa junta en los jardines del Buen-Retiro para acordar el mejor modo de rendir tributo al genio, atravesó todo Madrid en solemne manifestación hasta llegar á la casa del Sr. Echegaray con el fin de ensalzarlo y aclamarlo, y no contenta con eso, hizo otro día nueva manifestación contra alguno que censuró la primera y que es de distinto parecer que los señores manifestantes.

Para ofrecer un objeto de arte al poeta, que sea como recuerdo eterno del triunfo, *La Época* ha hecho un acto generosísimo y patriótico, según *El Liberal*, abriendo una suscripción, pues á su juicio «la moral social, vengada por el genio creador del señor Echegaray, le debe una recompensa y una satisfacción.» Tal periódico, defensor de ideas contrarias á las del famoso dramático, sostiene que «un genio inconmensurable como el de Echegaray no cabe en el círculo mínimo de la naturaleza humana,» que *en cuanto á la forma de El gran Galeoto* todo lo que se dijese resultaría pálido «en comparación de la magia irresistible de aquellos pensamientos tan nuevos, tan enérgicos é inspirados; de aquella versificación tan correcta, tan sonora y tan levantada.» Tal otro, correligionario del anterior, asegura que no conoce «nada más inspirado ni mejor escrito.»

Después de lo que acabo de exponer, ¿cómo ha de causar extrañeza que los amigos políticos del encomiado vate echen todas las campanas á vuelo en honor del mérito de su obra? Natural es que digan: «*El gran Galeoto* marca en Echegaray un nuevo autor. Forma clásica; personalidad vigorosa; corazón abundante: esto es hacer dramas.» Natural es también que los que han estado siempre en la brecha para aplaudirlo hasta en sus

creaciones más infelices, exclamen ahora que «la obra en realidad es un prodigio de talento, de inspiración, de verdadero arte dramático;» naturalísimo que añadan que «antes de hincarle el diente la crítica, tiene que estudiar si ha de hacer algo más que un chiste tomado al vuelo ó un alarde de la ignorancia petulante.» Y sin embargo, aunque esto sea muy natural, la crítica que no se deja aturdir por el clamoreo de la multitud, está obligada á examinar y juzgar *El gran Galeoto* exenta de toda preocupación, para poner en su debido punto lo que haya de justo ó de exagerado en triunfo tan formidable. Tendría chiste que al fin de la jornada saliese algun Aristarco exclamando fundadamente con el lírico aragonés:

.....¡Lástima grande  
que no sea verdad tanta belleza!

MANUEL CAÑETE.



## LOHENGRIN Y LA MÚSICA DE WAGNER.

---

### REVISTA MUSICAL.

---

El Teatro Real, aquel coliseo lírico, en el que hace veinte años solo tenia cabida de vez en cuando, como símbolo de la música sabia, de lo que se llamaba la música alemana, el *Roberto* de Meyerbeer, y en el que el *Don Juan* inmortal de Mozart, no ha sido nunca puesto en escena en condiciones de ser apreciado dignamente, acaba de abrir sus puertas á lo que hiperbólicamente por unos, y desdeñosamente por otros, se ha calificado durante mucho tiempo de música del porvenir, y á su creador y representante mas ilustre, Ricardo Wagner. Su *Rienzi*, oído con estimacion y agrado hace pocos años en el régio coliseo, no permitia poder juzgar de los principios de la nueva escuela y de los vuelos que dentro de ella daba á su fantasía su autor; *Rienzi* es una obra que sigue casi por completo las tradiciones del drama lírico moderno, y que en algunas situaciones se ajusta mas á los moldes y á los gustos de la escuela lírica italiana, que la mayor parte de las obras de los grandes compositores alemanes de este y del pasado siglo.

*Lohengrin*, por el contrario, por mas que no represente ya hoy para su autor, lanzado en las mas aventuradas corrientes de sus teorías estéticas y musicales, el ideal artístico de su manera de comprender el drama lírico, pertenece ya con el *Tanhauser* y el *Buque Fantasma* á lo que quedará en la historia del arte musical con el nombre de escuela wagneriana; formará el primero, y quizás el mas brillante anillo de la cadena que une á este grupo de óperas con el que forman *Tristan e Isolta*, los *Nibelungen* y el futuro *Parcival*. Las diferencias entre estos dos grupos son esen-

ciales, y entre ellas la mas notable desde el punto de vista del arte, es la supresion casi absoluta de la parte coral, en la que el maestro aleman precisamente brillaba á mas altura; pero así y todo, y por mas que apenas conozcamos mas que de referencia las producciones del segundo grupo de las óperas wagnerianas, nos atrevemos á decir que en el *Lohengrin* se encuentran ya, no solo en gérmen, sino de manifiesto y ocupando un lugar muy principal, los fundamentos del sistema lirico dramático, que desarrollados ó exclusivamente empleados en sus óperas ulteriores, vienen á constituir hoy la expresion actual de lo que, á juicio del audáz novador aleman, debe ser el arte lírico-dramático en nuestros dias.

*Lohengrin* es, pues, si se quiere, una obra de transicion dentro de la escuela wagneriana, ó mejor dicho, dentro de las transformaciones individuales del estilo de Wagner; pero es una obra, y de aquí su interés para nosotros, que rompe, no solo ya con los moldes y tradiciones de la antigua ópera italiana, y en gran parte hasta con los del drama lírico moderno, tal como Rossini, Meyerbeer y sus imitadores lo concibieron, sino que es una obra que, concebida en momentos de inspiracion propicia, y escrita en la plenitud de las facultades y del saber musical de su autor, permite juzgar con imparcialidad de las cualidades y defectos del compositor y de su sistema.

Ricardo Wagner es, sin duda alguna, una eminente y poderosa personalidad artística, y un carácter, aunque poco simpático, y repulsivo por su orgullo y menosprecio hácia todo lo que no es él y su sistema, tenaz y enérgico como pocos en sus propósitos, por audaces y temerarios que aparezcan. Dotado de un profundo saber en el arte de la composicion instrumental, sabe dar á su orquesta una diversidad y sonoridad de timbres, y un realce y un brillo, que, aunque excesivos algunas veces, hacen de él quizás el mas grande de los sinfonistas que hoy viven. Menos hábil en el arte de escribir para las voces, arte que, exceptuando á Mozart, pocos ó ninguno de los compositores alemanes alcanzan, al igual por lo menos de los italianos; no muy fecundo en la invencion melódica, ó no muy ansioso de conseguir este resultado, sabe trazar, sin embargo, con gran poder y felicidad de expresion muchas veces, vastos cuadros musicales dramáticos, y disponer las



masas corales de modo que produzcan un grandioso efecto en su conjunto. La musa de Wagner no es recogida y tierna como la de Mozart y la de Bellini; propende mas bien á la exterioridad y á la fuerza de la expresion; y ni en la instrumentacion ni en el canto es, por lo general, observadora de las leyes de la sobriedad.

Esto, en cuanto al compositor, que siendo uno de los mas eminentes contemporáneos, no reúne, como él cree y sus adeptos intentan persuadirlo, las altísimas condiciones artísticas de un Mozart ó de un Beethoven, ni aun de los dos grandes creadores del drama lírico moderno, Rossini y Meyerbeer.

En cuanto á su sistema, tal como aparece planteado en *Lohengrin*, tampoco es para causar tal admiracion ó escarnio, ni aun para sorprender extraordinariamente por su novedad. Forman su base largas melopeas, que sirven de diálogo á sus personajes principales, y reemplazan muchas veces á la antigua factura de arias, duos y tercetos, produciendo, á pesar de la fuerza de su expresion y verdad dramáticas, y de sus continuas y no comunes modulaciones, un sentimiento de languidez y de monotonía, que llegará seguramente á tomar grandes proporciones cuando, como segun parece sucede en las óperas posteriores del reformador alemán, estas melopeas forman, con la intervencion continua de la orquesta, el punto fundamental y exclusivo de la fase actual del nuevo sistema, que excluye casi por completo á los coros, y sustituye su accion con la de monótonos recitados. Pero al lado de este elemento, al que Wagner intenta tan vana y equivocadamente á nuestro juicio, sacrificar todos los demás que componen el drama lírico moderno, estos se encuentran constituyendo todavía en el *Lohengrin* la parte principal y más notable de esta ópera, y hasta aquella en que las grandes y aún quizás excesivas cualidades del compositor, pueden manifestarse más libre y desembarazadamente.

Un análisis ó mas bien una rápida enumeracion de las principales situaciones drámaticas y musicales de esta ópera, nos permitirá poner de relieve confirmándolas estas apreciaciones, y servirá para que cumpliendo nuestro deber de cronistas podamos dar, á los que no la hayan oido, alguna idea de la estructura y carácter de esta obra, la primera en este género que se ha puesto en escena entre nosotros.

Conocido es el argumento semifantástico y caballeresco del libro escrito, como los de sus demás poemas lírico-dramáticos, por Wagner mismo, y sacado de una antigua leyenda alemana. Lohengrin, caballero del San Graal, la santa copa que infunde valor y nobleza en pro de la virtud y del honor, á los que la tocan, viene surcando las aguas y remolcado en su navecilla por un blanco y gallardo cisne á defender en armado palenque á Elsa de Bravante, desamparada en su inocencia, y falsamente acusada de fratricidio ante el rey Enrique por el conde Telramundo. Vencido éste, Lohengrin exige de Elsa, antes de darle la mano de esposa, la promesa de que nunca intentará saber su condicion y su nombre. Elsa, extraviada por el amor, olvida su juramento, y arranca á Lohengrin su secreto; pero una vez revelado éste, vuelve el caballero de San Graal á su mágica vivienda, despues de haber desencantado al hermano de Elsa, á quien Ortruda, mujer de Telramundo, habia convertido por artes mágicas en el cisne que habia vuelto á aparecer para guiar la nave en que habia de volver Lohengrin solitario á su castillo.

Sobre este argumento es sobre el que ha escrito Wagner una de sus mas inspiradas composiciones lírico-dramáticas, y en las que, como hemos dicho, las cualidades y los defectos del autor y de su sistema se dan continuamente la mano.

Despues de un delicadísimo prelude instrumental, aparece al levantarse el telon el campamento del rey Enrique. Las trompas dejan oír los acentos marciales y solemnes que acompañan siempre á la aparicion del monarca, y este espresa, en el largo y solemne recitado dramático, base habitual del sistema de las óperas de Wagner, sus propósitos de guerra contra los húngaros y sus deseos de dotar al Brabante de un príncipe que le rija y apacigüe sus discordias. Telramundo le contesta acusando á Elsa, y el emperador la hace comparecer en su presencia. Toda esta escena se desarrolla del mismo modo, hasta la entrada de Elsa. Pero el punto culminante de este acto es la aparicion del cisne que conduce la navecilla en que viene Lohengrin. Circulan por la orquesta suaves armonías y delicadas y brillantes sonoridades; el coro espresa en frases admirables su estupor y su emocion; Lohengrin descende de su barca dirigiendo una melódica y suavísima despedida al *cigno canor* que le ha conducido hasta



allí, y despues de calmar la ansiedad de todos y de ofrecer á Elsa mano de esposo si promete respetar su secreto, se oye un bello, aunque excesivamente sonoro concertante, que precede al duelo entre Lohengrin y Telramundo, tambien diestra y rápidamente ejecutado.

El segundo acto comienza por un largo diálogo ó recitado dramático entre Telramundo y su mujer, y produce una impresion monótona, que no bastan á desvanecer las hermosas frases de la imprecacion con que termina, admirablemente dichas por Kaschman y la Pasqua. Este duo es por su factura el tipo á que quiere ajustar cada vez mas el maestro aleman el corte de sus óperas. No hay en él un solo momento musical en que las dos voces de la mezzo soprano y el barítono se unan armónicamente, como no sea en las últimas frases que cantan al unísono. El sonido de las trompetas que tocan al alba, y los coros que le siguen, preceden á la hermosa escena del cortejo nupcial, en la que la marcha y coro y demás episodios de esta situacion, han sido puestos de realce por el compositor, con mucha felicidad de expresion.

En el acto tercero son de notar el preludeo superior aún quizás al del primer, acto por la riqueza y fuerza de la instrumentacion, y por la expresion y poder de la idea melódica; el gran duo entre Elsa y Lohengrin, que, aunque largo, es una de las piezas de mas expresion dramática y de mas ternura de toda la ópera: y en el segundo cuadro, los grandiosos efectos de sonoridad producidos por el conjunto y armonizacion de las diferentes tonalidades de las trompetas: el adios de Lohengrin, admirablemente cantado por Gayarre, y la repeticion del bello cuadro musical de la reaparicion del cisne.

La ejecucion de este spartito ha rayado á grande altura, á pesar de su dificultad. Tanto las partes principales como secundarias, los coros como la orquesta, dirigidos hábilmente por el maestro Goula, que conoce los efectos y procedimientos de este género de música más que los de otras escuelas, han dado á conocer dignamente, y despues de largos y difíciles ensayos, una obra que señala por ahora el límite que no debe traspasar la empresa del Regio coliseo en la ejecucion de las obras de Wagner.

Ancho campo tiene, sin seguir estos peligrosos derroteros,

para dar novedad y variedad al repertorio poniendo en escena, de igual modo que han puesto *Lohengrin*, el *Don Juan* y el *Flauto Mágico* de Mozart, el *Freystchutz* de Weber, y hasta el *Fidelio* de Beethoven, sin desdeñar las modernas óperas de Gounod, de Thomas y de Boito, y los ensayos de los compositores españoles dignos de este honor.

Desde este punto de vista el eclecticismo que de poco tiempo á esta parte ha entrado en el público del teatro Real, habituado antes exclusivamente al repertorio de la rossiniana escuela Italiana, y la predileccion que manifiesta hácia las grandes creaciones del drama lírico moderno, pueden producir, si no se extraían, beneficiosos resultados para el arte y la cultura musical en España.

P.



## CRÓNICA POLÍTICA

### DEL INTERIOR Y DEL EXTRANJERO.

#### I.

La procesion sigue su curso: esto es, la procesion revolucionaria, que, siguiendo las leyes del proceso Hegeliano, se afirma, se contradice y se reasume en el perpétuo movimiento, en el eterno devenir de una sociedad que ha salido de quicio. Las turbas republicanas y demagógicas avanzan, tomando posiciones; los *santones* de la democracia, negados por ellos mismos, se rehabilitan, elevándose sobre las viejas andas de sus antiguas cofradías; las estudiantinas acompañan con sus tumultos los pendones, y los petardos, poniendo espanto en los corazones pacíficos, alegran el aire, como salvas de la marcha triunfante de la diosa Revolucion que adviene. Sólo el gobierno, como el solitario é inútil dios de los deistas, yace tranquilo, apático, indiferente, egoísta, inmóvil, esperando que el proceso ó procesion revolucionario le forje el dios del porvenir, que, informando á la humanidad, ha de arrojarse de su cielo.

Estamos, pues, en plena evolucion hegeliana.

La R de la revolucion ha desaparecido por su incompatibilidad aparente con la otra R mayúscula del problema. Pero si no se atreve á derrocarla, aspira á sustituirla, disimulándose por el momento para conseguirla.

La situacion confía en que dure mucho la evolucion.

Los evolucionistas, en que la situacion se entretenga, y cuando menos lo piense y mas descuidada esté, ponerse la R.

El gobierno y los republicanos, en suma, están jugando *al hígul* con la breva de la monarquía.

¿Bajará la mano el gobierno? ¿Saltará muy alto la democracia? ¿Se romperá la cuerda con el vaiven?

¡Secretos del porvenir! Lo cierto es que la presa se balancea entre los dientes de los que se la quieren comer, pendiente de un hilo, y que la gente bonachona se detiene á verlos jugar muerta de risa.

Pero tenemos que ser justos; si el gobierno parece aletargado en la esfera política, no sucede lo mismo en la administracion: alcaldes,



ayuntamientos y delegados danzan al son *vivace* del tamboril ministerial. Hambrientos de irregularidades, se entran por la administracion, como por su casa, en busca de gazapos.

La fábula del hortelano, que para matar la liebre que comia sus legumbres, metió los perros en la huerta, se está representando á lo vivo. No nos dicen si entre las irregularidades que descubren, se encuentran aquellas que el gobierno pasado cometió para traer diputados constitucionales á las Córtes, derrotando á los candidatos conservadores: todo podría ser, y todo sería bien merecido.

La máquina electoral, flojos ya los tornillos, comienza á ser desmontada, para ser montada de nuevo con otro cuño diferente.

Del enemigo el consejo. Un consejo á la situacion, autorizado con un recuerdo.

Cuando la Revolucion francesa montó su máquina electoral con el nombre de guillotina, estudiando la perfeccion de su instrumento, en vez de una guillotina monumental, se decidió por las guillotinas portátiles.

Cada héroe de la libertad viajaba con una en su maleta; llegado al pais que queria salvar del despotismo, desabrochaba las correas y plantaba el árbol de la libertad, que ostentaba por frutos las cabezas de sus enemigos, libradas de las cadenas de la vida. Así la liberacion se hacia más rápida y más económicamente.

¿Por qué no ha de hacer lo mismo la situacion? Una máquina portátil electoral, un delegado para cada máquina, una máquina para cada distrito, y se verán milagros, hasta los muertos resucitarán, á poco que apriete sus tornillos el gobierno.

Y los muertos que mató la Revolucion, y que no pudo resucitar la Restauracion, porque se habian matado á sí mismos, se presentarán en el festin de sus antiguos compañeros, como la estatua del comendador, y.....

Y si lloviera, habrá lodos;  
Y será cosa de ver,  
Que nadie podrá correr  
Sin echar atrás los codos.

A los que entonces se escandalizaren, les enseñaremos su duro en la lista de suscripción á favor del Sr. Echegaray por su *gran Galeoto*, y les remitiremos los versos en que el poeta demuestra que esa masa que llaman *todo el mundo* es la gran Celestina de todos los crímenes contra la familia, contra la nacion y contra la sociedad.

Y los que consienten, ó ven sin disgusto ó dejan sin castigo á los que, con desprecio de la ley y de todas las conveniencias sociales, van á promover asonadas á la redaccion de un periódico, sin más éxito que asustar respetables señoras, no deberán extrañarse el dia en que otras turbas invadan sus hogares con fines más prácticos y siniestros,



pero no más ajenos á la dignidad de los ciudadanos y al respeto de las leyes.

## II.

Dios, ante quien son como si no fueran los obstáculos de este mundo, y que se sirve de ellos para sus fines incontrastables, acaba de poner sello y corona á la obra que, suscitada por El en medio de las tristezas presentes, augura hermoso porvenir, con el nombre de la *Union Católica*.

S. S. Leon XIII, consecuente con su política general; siguiendo las tradiciones de la Santa Sede, atento á las inspiraciones de lo alto, ha bendecido y aprobado, despues de atento y maduro examen, la obra á que tantas veces nos habia invitado Pio IX: la union de todas las fuerzas católicas á la sombra augusta de la Cruz, bajo la direccion de los Prelados y la suprema inspeccion de la Silla Apostólica.

El Breve en que S. S. nos lo anuncia es un documento memorable, digno de ser esculpido con letras de oro en mármoles y en bronces. Con él comienza una nueva era de regeneracion; será la primera página de un libro cuyo título podrán escribir nuestros hijos de esta manera:

*«Triunfo del catolicismo en España.»*

Aunque anunciado por carta del Secretario de Estado, Cardenal Jacobini, que nos participó la favorable impresion que S. S. habia recibido al primer anuncio de obra tan grande y que tan poderosamente habia llamado la atencion en España y fuera de España; aunque los periódicos y revistas católicas antes que políticos de Roma é Italia nos anticipaban la nueva de su aprobacion con sus aplausos; aunque el telégrafo, por fin, se apresuró á comunicárnoslo por orden superior, su lectura, la lectura de las palabras mismas de Leon XIII, parecia despertarnos de un sueño con la voz viviente de la realidad pujante y consoladora.

S. E. el Cardenal Arzobispo de Toledo, asistido del Cardenal Patriarca de las Indias y de los Obispos de Salamanca, Santander y Madrid, rodeado de la Junta directiva de la *Union Católica*, delante de los venerables Párrocos de la capital de España, y ante un numeroso y brillante concurso de los miembros mas ilustres de la *Union*, previas las preces acostumbradas, nos dió en un discurso solemne y compendioso, cuenta de nueva tan fausta y trascendental, y puesto en pié el auditorio se dió lectura á las sagradas Letras Apostólicas.

El recogimiento, la veneracion y el amor rebotaban en todos los semblantes; las lágrimas de la gratitud asomaban á todos los ojos; y si el miramiento al lugar y á la investidura episcopal de la Presidencia no nos hubiese contenido en los justos límites del respeto, el entusias-



mo desbordado hubiera atronado con voces el recinto, dando espansion y desahogo á los afectos del alma enagenada.

S. E. el Cardenal Arzobispo de Toledo mandó dar lectura á su vez de un artículo *oficioso* de *La Aurora*, periódico romano, en que se presentaba á la *Union Católica* como la afirmacion mas alta de la nacionalidad española en frente de todos, absolutamente de todos los partidos que la dividen, y terminada su lectura, despues de breves palabras de los Sres. Conde de Orgaz y del que escribe escribe estas líneas en representacion de los que se unen dispuestos á obedecer ciegamente á sus Prelados y á la Santa Sede, se dió lectura del telégrama que la *Union Católica* acordó dirigir á S. S. en testimonio de amor y de reconocimiento.

«*La Union Católica, en junta general, oye con lágrimas de gratitud y de gozo las Letras Pontificias, y aclama jubilosa al gran Leon XIII, luz enviada del cielo en la noche que atravesamos.*»

Como se ve, el asunto no puede tener mayor trascendencia é importancia. Con las diferencias esencialísimas que reviste la cuestion en cada uno de los dos paises, el problema es el mismo, y su solucion no puede ser, y no es, distinta ni contraria. En Francia nadie disputa al conde de Chambord la legitimidad: el gobierno, lejos de invocarla, la rechaza, buscando sus títulos en la soberanía nacional; el partido legitimista francés es el solo monárquico posible en frente de un gobierno jacobino, opresor violento de la religion, y sus adalides, nobles, grandes, generosos, revisten todos los caracteres de los héroes y caudillos de las causas santas.

Y sin embargo, la Iglesia, el sumo Pontífice, el Vicario de Cristo, combatido por la revolucion, y colmado de amargura por todos los poderes de la tierra, fija la vista en la eternidad y en los intereses espirituales que le están encomendados, y puesto su corazon en Dios, les dirá que la causa de la Iglesia de Dios no es la causa de ningun partido, de ninguna forma de gobierno, de ningun Rey; es la causa de las almas, es la causa de Dios, y El, encargado por Dios mismo de regirla, no puede hacerla aparecer aliada con ninguna, por respetable que sea, porque ellas pasan, han pasado ó pasarán, y la suya es eterna; porque ellas son particulares, y la suya es universal; porque ellas son á veces incompatibles con la existencia de los poderes establecidos para el bien comun de los hombres, y ella no es incompatible con nadie ni con nada, mas que con el error y con el mal.

Si esto dice en Francia, ¿qué ha de decir en España, donde ha habido una guerra civil en que por las dos partes se invocaba la legitimidad, en que por ambas partes se afirmaba la monarquía, en que el monarca se llamaba rey católico, y en donde el conde de Mun se llama Nocedal?

¡Qué habia de decir! Que bendice lleno de gozo á los que nos queremos unir para defender á la Iglesia de Dios por todos los medios legales bajo la direccion absoluta de nuestros Prelados, que son *institu-*



*cion divina de la Iglesia*, á quien tenemos obligacion de obedecer, abrazando con ánimo dócil sus preceptos, para lo que ruega á Dios por la Union Católica, que eficazmente recomienda por ser su anhelo que rápida y ámpliamente se difunda.

Obedezcamos, pues, á nuestros Prelados, sometámonos dóciles á su voz, unamos nuestras fuerzas acordes, y colmemos los anhelos de Su Santidad, peleando por todos los medios legales las batallas del Señor.

### III.

En nuestra última crónica dimos en forma de *post scriptum* la nueva del asesinato del czar. Los periódicos han consignado de tal manera los detalles, que no creemos necesario estendernos en pormenores. El nihilismo ha asesinado al czar: hé aquí lo único importante. Examinemos el asunto con la rapidez y concision á que nos obligan los límites de una crónica.

Rusia es un imperio cismático, y por consiguiente despótico. Aspira al dominio universal de Oriente y de Occidente en el Asia y en el Mediterráneo, para implantar su yugo sobre las naciones y sobre las conciencias. Polonia, la infeliz nacion sobre cuyas vestiduras hecharon suertes los imperios que la despedazaron, nos dará idea de su política feroz. Siberia, la guillotina del terror ruso, podria decirnos el número de las víctimas que vió morir. Víctimas escapadas á los degüellos en masa ordenados por el emperador, y llevados á cabo por sus cosacos.

La transicion rápida y violenta del estado social de Rusia; los delirios del idealismo racionalista aleman en las inteligencias limitadas de sus hijos; el desprecio sistemático á los sacerdotes de su religion, infiltrado en sus costumbres por el cesarismo político y religioso; la falta de misioneros católicos que levanten la conciencia de aquel pueblo envilecido; el ejemplo y la adopcion de las máximas y procedimientos revolucionarios para aplicarlos en Polonia, son las principales causas del nihilismo, última expresion de la negacion revolucionaria, enemiga de toda autoridad social, doméstica y política, de toda autoridad religiosa, de la fuente misma de toda autoridad, de Dios.

El cosmopolitismo revolucionario organizado en las sociedades secretas del mundo entero, dió cuerpo á las clases escitadas por la reforma social ó lastimadas por ella; el racionalismo doctrina á sus cerebros escitados; la organizacion del socialismo cesarista, les señaló la víctima destinada á sus golpes, y el czar, que vivió libre de las asechanzas de los católicos martirizados á millares, sucumbió al sesto atentado de una secta nacida de las propias entrañas de su organizacion religiosa, política y social, alentada, á su nacer, en su seno, y la revolucion, soltando el puñal y la tea, unió sus manos con estrépito



en un aplauso universal al fanático descreído é iluminado que sacrificándose á la consigna brutal de su tirano, arrojó la bomba explosiva de su rebelion á la cabeza de la autoridad suprema del imperio mas vasto que encierra Europa.

Y la prensa revolucionaria, á un signo, á una orden acaso del mismo que firmó la sentencia, acusó públicamente de nuevo las doctrinas sobre el tiranicidio de la Compañía de Jesus; al mismo tiempo que ensalzaba el atentado contra el emperador.

Su hipocresía y su orgullo; su rabia y su mala fe, contradiciéndose al mismo tiempo, dejaban ver el fondo de la llaga infecta que corroe á la Europa moderna que ha renegado de Dios.

Pero no hay modo de equivocarse. Entre el tiranicidio cristiano, ó sea el acto legal en que el verdugo delegado por autoridad pública ejecuta al monstruo que con horrenda é irremediable tiranía destruye una nacion, víctima solo de su despotismo, y el regicidio revolucionario, ó sea, el asesinato alevoso en nombre de la rebelion individual contra la autoridad legítima y benéfica, media un abismo que son incapaces de llenar todos los sofismas de la tierra.

El primero, comprensible sólo cuando el mundo cristiano, organizado en *Etnarquía* social, sólo podia ser víctima de un bandido afortunado, es una palabra sin sentido, hoy que los verdaderos tiranos son los déspotas populares, que la Iglesia no tiene autoridad social, y que el mal no se resuelve con la ejecucion de un culpable.

El segundo es el que sólo se comprende hoy, cuando envalentonada la secta con las concesiones de los gobiernos débiles, excitados los asesinos con el aplauso general, desvanecidos con las teorías racionalistas, ansiosos de acabar con los últimos simulacros de la autoridad, empuñan el puñal ó la bomba contra los Presidentes de las repúblicas jacobinas, contra los jefes de las *polyarquías* constitucionales, contra los Césares mismos de su revolucion.

Por eso el primero, que sólo en contadísimos casos dejaba de ser un crimen, era en los demás vituperado por la sociedad.

Por eso el segundo se aplaude ó se perdona, se atenúa ó se encubre, ó no se castiga, ó se castiga mal.

Y entre las reacciones furiosas que subliman la servidumbre, y entre las revoluciones rabiosas que idolatran á la anarquía, aparece radiante en su serenidad la Iglesia católica, condenando como el mayor mal al tirano, ensalzando como el mayor bien la autoridad legítima, paternal y divina.

Los Reyes que, desatendiendo los maternales consejos de la Iglesia, se iniciaron en los ilusorios grados de las logias, cayeron al golpe del puñal de sus hipócritas sectarios.

Los pueblos que, desoyendo los saludables avisos de la Iglesia, adoraron ese puñal, heridos por los filos mismos de su dios, doblaron sus cuellos encorvados por el yugo del más horrible despotismo.



No sabemos si los Reyes resucitarán; pero si los pueblos quieren libertarse y vivir felices bajo el amparo de la autoridad benéfica de Dios y de sus representantes en la tierra, que se aparten con horror y con miedo de las doctrinas de las logias que marean con el incienso al César para clavarle su puñal, y beban en la pura doctrina de la Iglesia, de sus Doctores religiosos y Jesuitas, las doctrinas que ennoblecen y dignifican al hombre, le apartan del mal y del vicio, y le hacen semejante á Dios.

¿Qué efectos producirá en la política europea el atentado nihilista?

Hé aquí una pregunta difícil de contestar, dado lo incierto de los tiempos que atravesamos y lo múltiple y vario de las tendencias encontradas que se agitan.

Ó los gobiernos europeos, despertando al estallido de las bombas de San Petersburgo, sacuden su inaccion, se dan la mano, y, barriendo de comun acuerdo los reales de la revolucion, dejan expedita su accion á la Iglesia de Cristo; ó bien la revolucion, animada con sus mismos éxitos, viendo acobardados á los gobiernos más poderosos, repetirá sus atentados, y creciendo, merced á nuevas concesiones, romperá todo freno y toda ley, proclamando el reinado de la *Nada* en el órden religioso, político y social.

A una de estas dos conclusiones tiene que inclinarse forzosamente lo que suceda.

Si predominando la política de los intereses territoriales, y descuidando la de la defensa interior, se enciende la guerra en el Asia, los gobiernos harán la causa de la revolucion, si recordando que si Rusia tiene á sus nihilistas y Alemania á sus socialistas, Inglaterra tiene sus fenianos, mientras en Francia, en Bélgica y en Suiza imperan los radicales, se entienden en una accion comun, para poner término á la orgía que deshonra á Europa, la mision providencial que la profecía atribuye á Leon XIII, se habrá realizado por completo, y la estrella de oro que brilla en su escudo particular, como «Luz del cielo,» no solo habrá iluminado á las conciencias con la sabiduría de Santo Tomás, colocado por él en el trono de la cátedra y de la ciencia, sino que apareciendo serena, en medio del horizonte tenebroso, disipará las nubes que lo velan, y terminado el cisma armenio con aplauso mismo del Sultan de Constantinopla, reanudadas sus relaciones con Alemania y con Rusia, *Concordans discordantes, Lunam revolvens*, veremos, como profetizó el bienaventurado Juan Joaquin de Flora.

*«Lupus habitabit cum agno, pariterque citavit.»*

ALEJANDRO PIDAL Y MON.



## MISCELÁNEA.

---

### EL TRIUNFO DE LA UNION CATÓLICA.

---

Esta Asociación, ayer dulce esperanza de la Iglesia y de la patria, hoy ya magnífica realidad, envió al Padre Santo respetuoso mensaje implorando su Apostólica Bendición y aprobación: hé aquí los términos en que se dignó contestar el Sumo Pontífice.

#### LEON PAPA XIII.

Amados Hijos: Salud y Apostólica Bendición. Con singular complacencia hemos recibido la obsequiosísima carta que Nos enviásteis al llegar el día de Nuestra exaltación al trono pontificio. En ella Nos significáis vuestro designio de crear en España una sociedad á que habeis puesto nombre de UNION CATÓLICA, y de organizarla con el objeto de fomentar los intereses católicos y combatir esforzadamente en defensa de nuestra Religión augusta.

Y por cierto, Nos hemos llenado de gozo al veros, acordándoos de las tradiciones de vuestros mayores, que sobre todo se gloriaban del nombre de católicos, unir vuestras fuerzas y proponeros utilizar todos los medios que permiten las leyes, para defender valerosos á la que es inmaculada Esposa de Cristo y Madre vuestra amantísima, perseguida y lacerada en todo el orbe.

Estimamos, pues, que de Nuestra parte merece recomendarse con peculiar alabanza el cuidado que os proponéis tener, así de informar en la verdad y en la virtud á la adolescencia, tan acosada en torno por las asechanzas del error y del vicio, como de cultivar el corazón y el entendimiento de los artesanos, cooperar á los fines de los institutos de caridad, difundir escritos y libros ricos en sana doctrina, y atender á las necesidades de los Obispos y de los Párrocos.

Y para que la nueva sociedad no se pierda ni se ofusque en el laberinto de cavilaciones vanas, con excelente acuerdo habeis establecido que la condición precisa é indispensable para el ingreso ha de ser la firme y fiel adhesión á los preceptos y doctrinas propuestos en documentos solemnes de esta Sede Apostolica; y que sean expulsados del número de los socios, aquellos que por sus palabras ó por sus obras resulte que sinceramente no profesan aquellas doctrinas, ó se desvían de tales mandatos.

Sobre todo, aprobamos, y esto ha de contribuir sobremanera á la concordia y acrecentamiento de la misma sociedad, que, teniendo, como quereis tener, por presidentes vuestros á los Pastores de las Iglesias, sujetéis enteramente á su dirección y consejo todos vuestros proyectos y todos vuestros trabajos. Esta, con efecto, es la institucion divina de la Iglesia: que sea propio de los Obispos dictar las reglas y proceder en todo con la doctrina y el ejemplo. Es, en cambio, obligación de los fieles seguir las huellas de sus Pastores, abrazar con dócil ánimo sus preceptos, y mostrarles su amor de hijos, afanándose en obras útiles con asiduidad y eficacia.



Si pues vosotros, sin acepción de personas, os desvivís por obedecer y seguir los mandatos y consejos de vuestros Prelados, manteniendo concorde el pensamiento y unidos los corazones por estrecho vínculo de caridad, vuestra sociedad, logrando de día en día mayor número de adictos y favorecedores, producirá hermosos y abundantísimos frutos, con los cuales será por extremo benemérita de la Iglesia y del Estado mismo.

Con esta esperanza, y presagiándoos de lo hondo de Nuestro ánimo tamaño bien, recomendamos eficazmente vuestra empresa, y anhela-mos que se lleve pronto á cabo, y que ámpliamente se difunda.

Y á fin de que Dios clementísimo otorgue á vuestros propósitos el incremento deseado, le pedimos cordialmente que sobre vuestra sociedad derrame copia de celestiales dones: y á vosotros, Amados Hijos, y á todos aquellos que en lo sucesivo con vosotros se asociaren, enviamos amantísimamente Nuestra Apostólica Bendición, nuncio del favor divino y prenda de Nuestra benevolencia paternal.

Dado en Roma en San Pedro, á los 19 de Marzo de 1881, año IV de Nuestro Pontificado.

LEÓN, PAPA XIII.

*A los Amados Hijos Conde de Orgaz y demás individuos del Supremo Consejo de la Asociación española denominada UNION CATÓLICA, en Madrid.*

Para dar lectura á este hermoso documento, vertido al castellano como él solo sabe hacerlo, por el Excmo. Sr. D. Aureliano Fernández-Guerra, reuniéronse el día 29 del corriente mes, en el Palacio del Eminentísimo Cardenal Arzobispo de Toledo, los individuos todos que componen la *Union Católica*.

El Emmo. Sr. Cardenal Moreno, acompañado del Emmo. Sr. Patriarca de las Indias y de los Excmos. Sres. Obispos de Salamanca, Santander y Areópolis, así como de los Párrocos de Madrid, abrió la sesión con las preeces é invocación de costumbre. En seguida pronunció Su Emma. el Cardenal Arzobispo un discurso, tan bien pensado como todos los suyos, á fin de explicar el objeto de la reunión. Lleno de atinadas observaciones el discurso de nuestro venerable Prelado, bien merece consignarse esta declaración, que salió espontánea del fondo de su alma: «A medida que trato más y conozco más á la ilustre Junta directiva de la *Union Católica*, veo con regocijo cuán grande es la alteza de sus miras y la pureza de sus intenciones.»

El Secretario D. Manuel Catalina dió lectura del Breve Pontificio, escuchado con profundo respeto por la distinguida concurrencia que acudió al Palacio Arzobispal. Por indicación del Emmo. Sr. Presidente, leyó D. Santiago Liniers un magnífico artículo que, con el título de *Las dos Españas*, ha publicado *La Aurora* de Roma, periódico que recibe inspiraciones del Vaticano, y en cuyo artículo se lee que *la más alta afirmación nacional en España será de hoy en adelante la Union Católica*. El ilustre Conde de Orgaz, que vivirá siempre respetado y querido siempre por quien conserve un átomo siquiera de sentido moral, por ser el Conde cumplido dechado y eterno modelo del buen cristiano y del buen caballero, pronunció unas frases tan hermosas, tan discretas y tan sencillamente elocuentes, que cautivaron de veras la atención del auditorio. Despues, y por indicación del Sr. Cardenal, habló el señor D. Alejandro Pidal y Mon. Si dijéramos nosotros que tenemos al Sr. Pidal por uno de nuestros más grandes oradores,—sin duda alguna el primero de los que en España tiene á su servicio el Catolicismo,—y que en el Palacio Arzobispal electrizó á cuantos tuvieron la fortuna de oírle, diríamos una vulgaridad, porque lo evidente no necesita enca-



recerse ni demostrarse; pero si esto nó, cúmplenos estampar una frase que vale por sí sola más que cien discursos: esa frase retrata al hombre tal como el hombre es en sí; méditenla los que, para pintarle á su antojo, no usan otras armas que las de la maledicencia y la calumnia. Decía el Sr. Pidal, enseñando realmente su corazón, que vale todavía más que su poderoso entendimiento: «Nadie al venir aquí, necesita renunciar á sus opiniones; pero yo declaro que por cima de todos mis afectos personales pongo la bandera de la Fe católica.» Esto dice uno de los más *perversos* adalides de la *Union Católica*, y lo dice delante de cinco venerables Prelados; pero ya verán Vds. cómo continúan los denuestos y las injurias, en nombre del *catolicismo íntegro* y de la caridad, que bien pudiéramos llamar *turca*. Ciertamente que las buenas obras tuvieron que marchar siempre por entre mil escollos y dificultades, y no había de dejar de cumplirse esta ley histórica, tratándose de una institución que se ufana con la bendición y aprobación del Papa y de los Obispos.

Siga la Union Católica por tan glorioso camino, y de fijo que irán disipándose las tinieblas que envuelven hoy el cielo purísimo de la Iglesia y de la patria.

---

## LOS CRÍTICOS DE CALDERÓN.

Este título pudiera darse á la conferencia que noches pasadas dió el Sr. D. Marcelino Menéndez Pelayo en el círculo de la *Union Católica*. Huelgan en absoluto todos los comentarios que pudieran hacerse sobre tan interesante conferencia; basta y sobra fijarse en el tema propuesto, y en el encargo de desenvolverle, para que las personas de buen gusto comprendan que no todo lo que se hable y escriba sobre Calderón con motivo del centenario, ha de echarse al cesto de los papeles viejos, adonde irán seguramente las tres cuartas partes lo menos del papel que emborronen nuestros poetas y nuestros prosistas.

---

## NECROLOGIA.

Cumple la REVISTA DE MADRID con el deber de consignar la pena que ha experimentado al saber el fallecimiento del Conde de Pecci, hermano de nuestro Santísimo Padre el Papa Leon XIII. Ya dijo con verdad el inolvidable Aparisi, que la muerte de los buenos es un castigo que Dios envía á los malos.

También se han dormido entre los hombres para despertar entre los ángeles, los Sres. D. Zoilo Fournier y Meriner, Notario mayor del Tribunal Eclesiástico de Avila, persona de acendrado catolicismo y raras condiciones de carácter, y D. José Tejado, jóven angelical, que deja sumidos en el más profundo dolor á cuantos tenían la fortuna de conocerle.

R. I. P.

---

Como de algun modo hemos de corresponder al creciente favor que el público nos dispensa, también damos hoy mayor extension al presente número de la Revista.



## PRETENDIDOS CONFLICTOS

### ENTRE LA CIENCIA MODERNA Y LA FE CATÓLICA.

---

Con mano temblorosa, pero guiada por la firme resolución de una voluntad inquebrantable en defender la verdad, tan maltratada en la época actual, tomamos la pluma para trasladar al papel las múltiples y variadas impresiones que en nuestro ánimo producen, por una parte, las admirables conquistas realizadas por las ciencias naturales y biológicas, y por otra, las torcidas é intencionadas interpretaciones, dadas á ciertos fenómenos por el espíritu revolucionario que imprime carácter á nuestra época, y que no perdona medio, ni desperdicia ocasion para realizar su bello ideal, reducido en último término, al desprestigio del gran principio de autoridad, para eludir toda responsabilidad moral y material, una vez destruido aquel. ¡Vana y ridícula pretension! Con mano temblorosa, repetimos, movida al impulso de una irresistible potencia interior que, cual mágico talisman, obligara por misterioso contacto á movimientos automáticos, escribimos estas líneas casi instintivamente, pero animados por la fuerza que emana de la mas profunda de las convicciones, de la mas arraigada de las creencias. La sociedad entera sufre las tristísimas consecuencias de aquella fatal tendencia á la emancipacion de la autoridad civil y religiosa; consecuencias que alcanzan á la familia, que ve desmoronarse el grandioso edificio del hogar doméstico, corroidos sus cimientos por la carencia de una sólida

educacion fundamental. A los encargados de velar por los sagrados intereses de la enseñanza cabe una gran parte de la responsabilidad, y á ellos tambien corresponde aplicar el oportuno correctivo. Nosotros nos consideramos en el deber de señalar los puntos vulnerables de la perniciosa doctrina acerca del conflicto que ciertas escuelas pretenden hallar entre la ciencia y la fe, demostrando, hasta donde permitan nuestras débiles fuerzas, que en los progresos realizados por las ciencias naturales, y muy especialmente por las biológicas, á cuyo cultivo hemos consagrado toda nuestra vida científica, no hallamos el mas pequeño motivo que justifique el conflicto, la desarmonía ó contradiccion en que pretende encontrarse la ciencia con la verdad religiosa, viendo por el contrario en esos mismos progresos su mas sólida y terminante confirmacion.

La *ciencia*: esta hermosa y consoladora palabra, que significa el fruto mas sazonado y sabroso de las elucubraciones del espíritu en la investigacion de la verdad, imprime un sello de grandeza tal á quien la posee, que se ofrece á la consideracion de los demás como un sér venerable y venerando. Y en efecto, ¿de qué modo mas elevado, noble y digno puede corresponder el hombre al inestimable beneficio que el Supremo Hacedor le otorgara, concediéndole como destello de la divinidad un alma racional capaz de *sentir, pensar y querer*, que cultivando sus facultades intelectuales por medio del estudio y la meditacion profunda, para comprender la gratitud que debe á su Dios, y los deberes que ha de cumplir consigo mismo y con sus semejantes? Hé aquí el verdadero origen de la ciencia, que partiendo de un solo tronco se ramifica despues en distintas direcciones, para constituir los diferentes ramos del saber, segun el objeto que cada una se propone y los medios de que se vale para realizar aquel fin último como legítima y constante aspiracion de nuestro espíritu, el conocimiento y la posesion de la *verdad absoluta*, por el intermedio del conocimiento y la posesion de las *verdades relativas*, únicas cuyo



goce nos es permitido, humanamente considerados en nuestra vida temporal. La ciencia es, pues, de origen divino; de Dios emerge, y á Dios conduce. ¡Dichoso una y mil veces aquel á quien se concede el precioso don de la sabiduría de todo aquello que necesita conocer para cumplir con su destino, y desgraciado del que, dejándose arrebatado por el impetuoso torbellino de la humana soberbia, pretende disputar al Eterno el excelso trono que ocupa! *Eritis sicut Dii*, decia el espíritu maligno á nuestros primeros padres, para arrebatárselos la felicidad que disfrutaban: *eritis sicut Dii*, repiten hoy con imponente orgullo ciertas escuelas filosóficas que pretenden el dominio absoluto de la razon, prescindiendo de la luminosa antorcha de la fe, única que puede guiarla por el tenebroso camino que al conocimiento de la verdad conduce, para arrebatarnos este riquísimo tesoro que nos hace herederos de una dicha sin límites, sin concedernos en cambio otra cosa que el abandono á la contingencia y á la fatalidad. Las tristes consecuencias de prestar oídos á tales sugerencias, han sido el terrible anatema fulminado por Dios contra la humanidad entera, sintetizada en la primitiva pareja colocada en el paraíso; y el caos, la confusion, la duda y el escepticismo mas desconsolador que se advierte en ciertos filósofos, y que no puede menos de conmover el edificio entero de la ciencia, sobre todo en el periodo de transición por que atravesamos en la actualidad, en que se duda del origen del hombre, y se pone en tela de juicio su destino final, como merecido castigo impuesto por la justicia absoluta á la humana soberbia, y que recuerda el pago de la deuda contraída por el orgullo de Babilonia, al pretender escalar el cielo: *importa mucho acaudalar ciencia, pero no importa menos conocer sus límites*, segun feliz espresion de un célebre moralista de nuestro suelo. Detenida la mirada escudriñadora del hombre en su insaciable deseo de saber, por la luz que le deslumbra, y cuando llega al último *por qué* á que su limitada razon puede contestar, debe encontrarse satisfecho con la suma adquirida de

verdades relativas, y no intentar siquiera pisar en el terreno vedado de la verdad absoluta.

La verdadera ciencia es, pues, un don precioso de inestimable valor, con frecuencia pretendido y rara vez otorgado, que merece la supremacía en el orden gerárquico de los atributos del hombre (abstracción hecha de la virtud, que debe figurar en primer término), porque representa la constante aspiración del espíritu humano; porque es lo único que puede satisfacer el entendimiento del ser racional en esta vida transitoria que disfrutamos, donde todo es pequeño para la satisfacción cumplida de nuestra alma, todo contingente, caduco y perecedero; porque la ciencia, en fin, es el bien, y representa fielmente la verdad: penetremos pues en su santuario, y auxiliados y protegidos por la fe, de que no puede prescindirse jamás en la investigación de sus verdades, recorramos sus vastos horizontes.

La *antropología*, que constituye el capítulo mas interesante de las ciencias naturales, estudia esa gran figura que se destaca en primer término en el majestuoso cuadro de la naturaleza, y que domina con su inteligencia á todos los seres creados. El hombre, rey de la creación, la obra mas admirable, acabada y compleja que saliera de las manos del Supremo Hacedor, y en la que se recreó despues, y para cuya formación empleó un *faciamus*, procedimiento distinto del *fiat* que sirvió á la hechura de los demás seres creados, síntesis de todas las maravillas y perfecciones del universo entero. El hombre, verdadero *microcosmo* en el que se reflejan muy especialmente la sabiduría y omnipotencia divinas, hecho á imagen y semejanza de su Autor; el hombre, en fin, que definiremos con un sabio diciendo que es «una inteligencia servida por órganos,» se ofrece á la contemplación del filósofo, del moralista y del médico como el objeto mas digno de su estudio y meditación. El análisis mas superficial de sus diversas actividades nos descubre en él: una vida espiritual que le distingue esencialmente de todos los animales, por medio de la cual,



atravesando los espacios incommensurables, se eleva hasta su Criador, y tiene conocimiento de su origen divino y de su último fin, y una vida corporal que le asimila á los demás seres de la escala zoológica, á cuyo frente se encuentra colocado. La expresión de su fisonomía revela esa chispa divina que brilla en su penetrante mirada: susceptible de educación, como ser moral, forma su corazón y desarrolla sus sentimientos y afectos conforme al modelo que se le ofrece; como ser intelectual, es capaz de ilustración, enriqueciéndose con el conocimiento de las verdades de la ciencia; como ser material, en fin, aunque sujeto á todas las contingencias de la materia, puede aspirar al complemento del desarrollo orgánico, compatible con el libre ejercicio de todas sus funciones, constituyendo ese bienestar que caracteriza la salud y hace amable la existencia: el equilibrio armónico que resulta de la dirección conveniente en la evolución de esta triple modalidad humana, representa el tipo del ser racional tal como nosotros debemos considerarle, y tal como debía ofrecerse, si causas de todos conocidas, y en parte remediables, no hubieran borrado casi por completo ese tipo á que debe aspirar la perfectibilidad del hombre: bajo el punto de vista orgánico, representa la máquina mas admirable que puede concebirse, cuyo armónico conjunto, estática y dinámicamente considerado, obedece á leyes que garantizan la conservación de su existencia.

La antropología sin embargo, siendo como es, la mas noble de las ciencias naturales, puesto que estudia al ser privilegiado de la creación, considerando al hombre bajo su triple aspecto, moral, intelectual y material, ha contribuido poderosamente á los errores filosóficos que vamos á señalar, por la fatal tendencia á la generalización, y por la ligereza en deducir consecuencias, de premisas no bien establecidas. Olvidando la ley del verdadero progreso, que consiste en marchar hácia adelante, pero *sin correr*; en el vertiginoso desenvolvimiento de sus elucubraciones filosóficas, ha conseguido perder el hilo de Ariadna que debía

conducirla por el laberíntico terreno que está recorriendo, extra-  
viándose casi por completo. De este modo se explican fácilmente  
los errores en que han incurrido muchos filósofos y naturalistas,  
y se comprenden perfectamente todos los matices del grosero ma-  
terialismo; y el transformismo darwiniano; y la teoría evolutiva  
de Haeckel; y el automatismo cerebral ó cerebración inconsciente  
de Luis y Hartmann, que explica las facultades de nuestro espí-  
ritu por la simple fosforescencia de las células nerviosas; y el au-  
tomatismo de la voluntad, que borra de una plumada el libre al-  
bedrío, el mérito ó demérito de nuestras acciones; y la concepcion  
del alma humana como el *resultado de las funciones del cerebro*,  
creyendo á la psicología un capítulo de la fisiología: como si el  
ejercicio de la inteligencia fuera una funcion orgánica compara-  
ble á la secrecion biliar, por ejemplo; como si el espíritu careciese  
de autonomía é independencia orgánica, demostrable, aun necesi-  
tando de aquel órgano para la manifestacion de sus facultades,  
por lo vago é indeterminable de su localizacion anatómica; y la  
fatalidad de los actos humanos; y la irresponsabilidad criminal  
en muchos movimientos pasionales; y la reduccion de todas las  
fuerzas, á lo que se ha llamado *energía universal*, transformada  
segun el *substratum* material necesario á sus manifestaciones, y  
otros muchos principios erróneos, cuyo catálogo sería intermina-  
ble, y que voluntariamente omitimos, porque repugna al sentido  
comun el simple enunciado de semejantes proposiciones. Nó, y  
mil veces nó: no hay ni puede haber conflictos entre la ciencia  
y la fe, tratando las cuestiones en su verdadero y único terreno;  
no hay ni puede haber verdad contra verdad; y las proposiciones  
que dejamos mencionadas, no son ni pueden ser verdaderas. Nos-  
otros, que nos declaramos en abierta oposicion contra semejantes  
doctrinas, nos consideramos en el deber de señalar el error y evi-  
denciarle, para eonocer y evitar sus funestas consecuencias; error  
acariciado y propagado con afan, porque favorece á los fines de la  
revolucion actual de las ideas y de los principios, y cuya impe-



tuosa corriente conmueve ya el edificio entero de la Religion, de la ciencia, de la familia y de la sociedad, comprometiendo muy de cerca sus mas sagrados intereses; error, en fin, contra el cual debemos estar bien prevenidos, para no incurrir en contradiccion ante la lógica inflexible y severa de los hechos y de los acontecimientos. Condenamos semejante doctrina por absurda y peligrosa; pues emponzoñando la inteligencia, puede apagar la luz de la razon, conduciendo al hombre al escepticismo mas desconsolador.

La sana lógica, la filosofía de la experiencia, fuera de la cual no hay medio posible de llegar al conocimiento de la verdad en ciencias naturales, exige que se establezcan tantas clases primitivas de fenómenos como diferencias esenciales descubre en ellos, y que se refieran á fuerzas distintas. La doctrina de la *unidad de materia y de fuerza* que, defendida y propagada con entusiasmo ardiente, ha sido el fundamento de consideraciones filosóficas tan absurdas por parte de ciertos naturalistas, no resiste en nuestro sentir los ataques de la crítica mas superficial. Presumir que la materia sea *una*, y que sus diversas agrupaciones den por resultado los diferentes cuerpos que conocemos, es una idea inde demostrable con pruebas de evidencia, y hasta inverosímil, toda vez que no puede concebirse fácilmente analogía de ningun género entre el átomo de mercurio y el del hidrógeno, azufre, cloro, arsénico, etc.; pero aun suponiendo cierto, lo que no ha podido demostrarse todavía, que la materia sea una, y siempre semejante á sí misma, no se puede lógicamente deducir que todas las fuerzas que sobre ella actúan dependan de una sola, transformada.

La *unidad de las fuerzas físicas* parece ser un hecho demostrado; pero entre estas y las vitales advertimos una distancia tan grande, como la que separa las especies animales entre sí, y al animal de gerarquía zoológica mas elevada y de cráneo mas voluminoso, del hombre mas rebajado por el escaso lucimiento de su inteligencia y las reducidas dimensiones de su masa cerebral:

pues cada especie se multiplica dentro de sí misma, y reproduce constantemente el primitivo modelo que se la ofreciera, *sin que aparezcan en ella individuos que por sus caracteres marquen el período de transición entre una y otra especie*: es porque semejante doctrina, apoyada únicamente en el razonamiento, y prescindiendo por completo de la observación, fuente de todo conocimiento en ciencias naturales, ha soñado despierta en la existencia de un fantasma, de una ilusión, á quien ha tenido que dar cuerpo, forzada por la violencia de las analogías y generalizaciones de que tanto se abusa por desgracia. La unidad y transformaciones posibles de la materia no implican necesariamente la unidad y transformación de las especies animales de unas en otras hasta el hombre inclusive; doctrina que, á lo menos en lo que se refiere á este último extremo, se pone en abierta contradicción con el Génesis, que atribuye el origen del hombre á hechura directa del mismo Dios, á imagen y semejanza suya. El alma racional, infundida por el Criador en el hombre exclusivamente para que reflexione y discorra, es también esencial y fundamentalmente distinta del espíritu que preside á las manifestaciones instintivas de los demás animales; del mismo modo que las fuerzas físico-químicas que rigen á la naturaleza inorgánica, son esencialmente distintas también de las vitales, que presiden á la organización de la materia: pudiendo considerarse la vida como un principio anterior á la organización, y de la cual se sirve para todas sus manifestaciones. La forma, el volúmen, la composición, etc., de la materia viva, son atributos, hasta cierto punto accidentales, comparados con su *unidad*, su *espontaneidad* y su *finalidad conservadora*, que son los verdaderamente esenciales, y que de ningún modo se explican por aquellos accidentes; y aun cuando la vida y la organización fueran coexistentes, aquella siempre representará la causa del fenómeno, y esta, el fenómeno mismo; pues aunque la fuerza no se pueda separar de la materia, no debe ser concebida por esta.



El simple movimiento molecular de los átomos, la vida y el alma son pues, las tres potencias primitivamente distintas á que podemos referir todos los fenómenos observados en los cuatro reinos de la naturaleza, *mineral, vegetal, animal y hominal*, sin que pueda admitirse el menor motivo de confusion entre unos y otros: tal es, en nuestro sentir, la gran síntesis dinámica que puede formularse en el estado actual de los conocimientos humanos.

El ilustrado P. Secchi, en su bellissimo tratado de *L'unité des forces physiques*, emite una idea que explica hasta cierto punto el origen del materialismo y el por qué de sus funestas consecuencias. En la gigantesca lucha emprendida por el hombre para resolver el gran problema del origen y naturaleza de las fuerzas que rigen á la materia, ha llegado á deducir la necesidad de una ley, de la *constancia* con que se cumple y repite el fenómeno á quien rige; viéndose por tanto, en terrible disyuntiva: ó negar el fenómeno, ó crear séres imaginarios y de pura fantasía, actividades materiales especiales que expliquen su necesaria constancia, toda vez que en la naturaleza misma de la materia no se encuentra la razon de su por qué; error por el cual, atribuyendo á la sustancia material propiedades que de ningun modo la corresponden, se autoriza á los filósofos para prescindir por completo de la intervencion de la Divinidad y de su primitiva accion creadora, conservadora y providencial, en la explicacion de los fenómenos orgánicos y psíquicos, asegurando por ejemplo, que el hombre procede del *Bathibio* sucesivamente transformado, y que su alma es el resultado del conjunto de las actividades funcionales de su cerebro, cuyo desarrollo y condiciones materiales explica suficientemente, en su opinion, el grado de inteligencia del sér á quien corresponde. Agréguese por último, el principio erróneo tambien que consiste en admitir que el Criador, despues de haber formado la materia y de haberla impuesto sus leyes, *la abandonó por completo á sí misma*, negando de este modo la accion virtual que mantiene en todo momento la conservacion y el sér de todo cuanto

existe; materia que, espontáneamente organizada en el bathibio y en las primitivas móneras, y obediente á la ley universal del progreso indefinido, por la evolucion y la transformacion ha ido creando *per se*, especies cada vez mas complicadas y perfectas, hasta llegar al hombre, y aun mas allá todavía, y se explicarán perfectamente todos los extravíos de ciertas escuelas filosóficas modernas que, negando el milagro y los hechos sobrenaturales como excepciones del código de la naturaleza, tienen que admitir la generacion espontánea y la transformacion de las especies, hasta la formacion del hombre, sin haber pensado nunca sériamente en lo que el hombre *es*, ni en lo que significa.

FRANCISCO JAVIER DE CASTRO.

(Se continuará.)



## LOS PARÁSITOS.

### ESCENAS DE LA VIDA PRÁCTICA.

(Continuacion.)

Era la Baronesa lo que se llama un alma cándida en toda la extension de la palabra. Sinceramente piadosa, de nadie murmuraba, ni odiaba nada mas que el pecado y la impureza, que por otra parte no conoció jamás sino de oidas, pues en nadie acertó nunca á sorprenderlos.

No tan indulgente la sociedad para con ella, oscurecia su vida pura y sin tacha con una sospecha, cuya certeza ó falsedad nadie aclaraba, pero de la que todo el mundo reia (que en esto precisamente consiste la perfidia de los juicios del vulgo), acerca de los verdaderos vínculos que ligaban á la Baronesa con su sobrino.

Contaban á los jóvenes algunas lenguas murmuradoras, que los años, lejos de moderar habian soltado, que allá por los del 30 al 32, la Baronesa del Ter, hija de un personaje de la corte de Fernando VII, habia recibido, no con desden, sino con agradecimiento, y hasta con calurosa correspondencia, los amorosos homenajes de un bizarro y apuesto capitán de granaderos de la Guardia Real, llamado D. Fernando Perez del Valle.

La muerte del Rey y la guerra civil, que fué su consecuencia (seguian diciendo las susodichas lenguas) separaron aquellos corazones amantes, llevando al comandante á Navarra á defender el trono constitucional, y á la Baronesa á Francia á rezar en compañía de su ya anciano padre por el triunfo de las armas de Don Carlos.

Como al volver huérfana de la emigracion, trajo en su compañía un niño de cortos años, como ese niño se llamaba Perez lo

mismo que el capitán de granaderos, que murió de brigadier en Cataluña el año 39, soltero, según decía su fe de defunción; y cómo llamándose así, podía ser sobrino de la Baronesa, que nunca tuvo hermanas, y que llevaba por apellidos paterno y materno Solá y Vendrell, era lo que las precipitadas lenguas ni sabían, ni acertaban á explicarse, no obstante lo cual, zumbaban y silbaban cuando estas historias trasnochadas caían bajo su imperio y jurisdicción, con tal desembarazo y ensañamiento, como si real y verdaderamente lo hubieran sabido.

Verdad es que todo cuanto la inocencia puede hacer en el mundo para ser sospechosa á la malicia, lo había cumplido la Baronesa respecto de su sobrino y ahijado con celo tan sublime, que más bien que pariente ó protectora, parecía su madre. Es más, ella, que nunca lo había sido, no estaba muy segura, sin embargo, de que Lorenzo no fuese real y verdaderamente su hijo. De lo que en cambio no le cabía duda alguna, era de que como á tal le había criado, le había educado, y hoy le quería.

Pagaba sus pasados desvelos y sacrificios, y correspondía al presente cariño el pobre huérfano, con filial y acendrado afecto, tan receloso y vehemente, que toda benignidad y tolerancia cesaba en su ánimo á la sola sospecha de que su tía pudiera ser objeto de chanzas ó burlas, aun las más ligeras é inofensivas.

Dos almas unidas por vínculos tan santos como los de la piedad cariñosa y los de la gratitud digna y cristianamente sentida, no alcanzaban, sin embargo, en los salones de la hospitalaria y obsequiosa Tula, ni en otros círculos donde habitualmente se reunía *todo el mundo*, aquella consideración y respeto á que su posición y virtudes les hacían acreedores.

Y no ciertamente porque la Baronesa y su sobrino fuesen más pobres ó más desvalidos que muchos de los concurrentes; no porque se mostrasen tan descorteses y golosos como muchos de ellos cuando las tazas de té y las bandejas de dulces y bizcochos pasaban á su alcance, ó porque fruncieran el ceño ó apretasen los cordones de su exigua bolsa tanto como cualquier otro contertulio cuando se trataba de una rifa patrocinada por el ama de la casa, ó de una cuestación á beneficio de algún pianista polaco, sino por la invencible timidez, muy distinta de la orgullosa suficiencia con que aquellos cumplían estos deberes de sociedad, esta les había



clasificado en su última categoría, relegándoles en el gran convite del mundo á la mesa subalterna de los *parásitos*.

El mundo, hay que hacerle justicia, no imponía con dureza esta condena, ni se manifestaba altivo y desdeñoso respecto de ambos, pero había en todos los semblantes que comunicaban con ellos expresión tan indulgente y compasiva; la hermosa Julia repetía tantas veces las cosas, en las raras ocasiones en que se dignaba hablar con la Baronesa; la misma Tula ponía con tan estudiada intención delante de ella, cuando pasaban al buffet, los pasteles y los dulces más grandes; y los diversos generales, ex-ministros y altos funcionarios que bullían por los salones, usaban con Lorenzo Perez un lenguaje tan breve y pedestre, excusando hablarle nunca de sus vastos planes, de sus inmensos servicios, de su extraordinaria influencia ó de su trabajo colosal, y conversando solamente de asuntos livianos y vulgares sucesos, que cualquiera más caviloso y suspicaz que aquellas dos inocentes criaturas, hubiera adivinado que pertenecían, con otros individuos de su especie, á la colección de ejemplares que *la sociedad* tolera en su seno, para tener la satisfacción de protegerlos á muy poca costa, dándose á todas horas aires de benéfica, tolerante y magnánima, perfectamente compatibles con la orgullosa superioridad que tiene buen cuidado en establecer respecto de ellos.

## CAPITULO VI.

### AL BORDE DEL ABISMO.

Uno, entre todos los concurrentes á casa de Tula, manifestaba más ruidosa y ostensiblemente los sentimientos de activa protección que la vista de la Baronesa y su sobrino le inspiraban.

Las palabras de supremo desden y de conmiseración despreciativa salían, sin embargo, de unos labios tan gordos, sombreados por unos vigotes tan crespos, y asentados en una fisonomía tan espesa y vulgar, que al oírle señalar una noche entre muchas en aquellos dos seres los defectos de carácter y las miserias de condición que en él se hallaban compensados por otras tantas

virtudes y por doble número de éxitos de su vida de agiotista afortunado, el movimiento espontáneo de todo corazón generoso hubiera sido conceder, por medio de cualquier patente honorífica y ruidosa, á la infeliz baronesa y á su pobre sobrino carta de naturalización perpétua entre las gentes distinguidas, y despedir á D. Félix Grande (que este era el nombre del venturoso emprendedor) como á un lacayo impertinente que, olvidándose de todo respeto, pretende codearse con personas de rango.

Tal no le acaeció por su fortuna aquella noche, antes al contrario, pudo á su placer comunicar estas y semejantes reflexiones á la hermosa Julia, que lánguidamente apoyada en su brazo paseaba por la artística galería de su casa, testigo quince días antes de su despecho y desengaño.

—Créalo V., Julita, decía el especulador (árbitro aquel año de la bolsa y terror del ministro de Hacienda), V. no lo comprende porque su edad y su hermosura le hacen ver todo de color de rosa; pero sus amigos de V., que son ciertamente muy simpáticos y muy amables, son profundamente desgraciados. Una reunión ó un baile, que para nosotros es un placer, es para ellos una pena, un disgusto. Acaso ayunan al día siguiente, acaso no comen mas que pan y agua durante ocho días para comprarse un par de guantes ó hacerse un vestido, que luego resulta de peor clase que el de nuestros ayudas de cámara y nuestras doncellas. Yo mismo (y aquí sus ojos se iluminaron con una expresión rencorosa y sanguinaria, difícil de describir) he sentido, he.... digo, he conocido personas, personas....—añadió moderando su tono y apagando el fuego de sus ojos—que llegaron á ser muy desgraciadas.... muy desgraciadas, en situaciones idénticas ó parecidas á la que hoy ocupan esas pobres gentes, y por su bien quisiera abrirles....

—¿Su bolsillo de V.?—preguntó la hermosa Julia, dirigiéndole una mirada entre desdeñosa y amable.

—No, señora, los ojos,—la respondió Grande con no muy amistosa sonrisa.

—Son amigos míos, y profeso la máxima de que en este mundo debemos ocuparnos tan solo de hacernos unos á otros la vida agradable, y creo que nada hay tan desagradable como escuchar un consejo que no se pide; por lo tanto, siento mucho no partici-



par de su opinion de V.—¿Quiere V. llevarme al salon?—añadió templando con una sonrisa el tono brusco de su respuesta. Alguien podria sospechar de este aparte inocente. ¡Tiene V. tan mala fama!

—Diga V. tantos envidiosos,—insinuó Grande mirando tíer-namente á Julia.

—¿Envidiosos de qué? esclamó esta con orgullo.

—Envidiosos de mi posicion, de mi dinero, de mi lujo, que bien lo sabe V. no es vanidad ni ostentacion, sino hábito de vivir bien, y costumbre de no ahorrar ochavos.

—Sí, sí.... ya se que V. acostumbra á tirar millones y á ga-narlos,—dijo Julia con distraido acento, parodiando una frase muy á la moda entonces,—vamos al salon; aqui hace demasiado calor; ese patio cubierto es delicioso en el invierno; pero en este tiempo prefiero el aire libre, aunque sea el de la calle.

—Y si fuese el de la sierra, el de Duradon, por ejemplo, mejor que mejor, ¿no es verdad?—preguntó con cierto amable despecho el especulador que no ahorraba ochavos.

—No sé lo que quiere V. decir—replicó secamente Julia, y apoyada en su brazo, ligera, muy ligeramente, lo preciso nada mas para no parecer que le abandonaba, entró en el salon, y re-fugiándose al lado de su madre, se quedó á su lado pensativa y silenciosa casi por toda aquella noche.

¿Por qué, sin embargo, no alzó ni una vez los ojos en direc-cion del sitio que habitualmente ocupaba su prima Sofia? ¿Temió acaso encontrarse con la mirada de esta, ó sospechó, como era verdad, que en esa mirada iba á leer una dulce, pero severa re-convencion, por algun acto, aún no realizado, tal vez en vias de realizarse.

El hecho es que las tristes miradas de Sofia se perdieron en el vacío; y que, contra su costumbre, respondió distraida y brevemente á cuantas personas se acercaron aquella noche á saludarla; pero cuando Lorenzo Campos vino á sentarse á su lado despues de haber acompañado á la Baronesa, que se retiraba siempre á primera hora de la tertulia de la Scheneider, la expresion de su fisonomía cambió por completo, y revistiéndose de un aire de resolucion que no desdecia por cierto del aspecto grave y severo de su fisonomía:

—Lorenzo—le dijo—necesito que me dé V. las señas de.... de Ruiz del Busto en Duradon.... sin duda le parecerá á V. singular que yo piense escribirle.

—Nada de lo que V. hace me lo parece—respondió Perez con noble sencillez.

—¿Podrá escribirsele.... libremente?—preguntó Sofia.

—La carta la abrirán en correos si á él va dirigida, y la leerán desde la cruz á la fecha, pero llegará á su destino.

—Eso no....—dijo vivamente Sofia—Dios mio, ¿qué hacer entonces?

—Una cosa muy sencilla, dármela á mí, y yo se la enviaré por el mismo conducto que van las mias.

—¿A V.?—preguntó Sofia, dando á su pesar á esta pregunta un tono de desconfianza, al que respondió Lorenzo diciéndola con triste sonrisa:

—Cerrada y lacrada, si V. quiere.

—Dispénsame V., Lorenzo.... dispénsame V.... no sé lo que me digo; no es que desconfie de V., de V., tan leal y tan buen amigo; sí, tiene V. razon, yo le daré la carta, pero abierta, y suplicándole que se entere de su contenido. No, no—añadió vivamente al leer en el semblante de Lorenzo, que no aceptaba á título de reparacion aquella prueba de confianza—ha de ser así, y aun yo las diria á V. una por una para que se las repitiera á Juan Antonio si no creyese que escritas por mí habian de tener mas fuerza mis palabras. Se trata de Julia, Lorenzo—siguió diciendo Sofia, despues de una breve pausa—de mi hermana Julia, que ama á ese hombre, bien lo sabe V., y á quien él ha querido, á quien esperó en Dios, ¡oh! sí lo espero aún de su infinita misericordia, que aún quiere lo bastante para salvarla del abismo al que, voluntariamente y por despecho, corre á precipitarse.

—Segun eso, V. cree posible lo que esta noche se dice en esta casa.... Félix Grande....

—Sí, Lorenzo, sí, todo lo creo; no, no lo creo aún, todo lo temo del desaliento, del despecho de un corazon fogoso y apasionado. Es preciso que Ruiz del Busto sepa que ese hombre la persigue, que mi tia le apoya, que su fausto de príncipe, que sus grandezas, que cierto ingenio frio y mordaz de que no carece por completo, y que le libra hasta cierto punto del ridículo, le cons-



tituyen en rival temible. Una palabra, una promesa de su amigo de V. estoy segura que detendrán á Julia en el camino que ha emprendido, y que seguramente ha de conducirla á una situacion desesperada á mis ojos y á los ojos de Dios..... casarse con un hombre á quien no quiere. Esa palabra, estoy en la obligacion, y V. tambien, que es su amigo, estamos en la precisa obligacion de hacer todo lo posible por que la pronuncie, ¿no es verdad?

—Sí, Sofia, tiene V. razon..... haremos todo lo posible—dijo Lorenzo lentamente, y con no muy seguro acento—y quién sabe..... acaso Juan Antonio no es tan duro como V. le juzga.

—Poco importa mi juicio—lo que importa es salvar á mi hermana.

—Envíeme V. mañana su carta, y al otro dia estará en su poder..... y diga V.,—añadió Lorenzo con acento mas conmovido que el que empleó en su anterior respuesta—si Julia le escribiera.....

—No, Lorenzo, no hay que contar con eso; yo la conozco, y no escribiré.

—No importa—contestó aquel—quién sabe si podremos pasarnos sin su auxilio.

—¿Se va V. ya?—preguntó Sofia al ver que Lorenzo se levantaba.

—Sí, me voy; me esperan en casa..... ya sabe V. que mi pobre tia tiene esa costumbre..... y hoy, además, hay otro motivo—y bajando la voz, y casi al oido de Sofia, murmuró estas palabras—tenemos un huésped.....

—¿Un huésped?—preguntó Sofia, no sin sorpresa.

—Sí; un huésped y amigo de V.; habia prometido no decirlo á nadie, pero..... secreto por secreto. El Padre Albizu llegó anoche á casa.

—¡Ah, qué alegría! diga V. á la Baronesa que mañana iré á verla.

—Pero, por Dios, silencio; el pobre anciano sospecha que la policia le persigue, y nuestra casa es la tercera que ha mudado desde su llegada á Madrid. Adios, y hasta mañana.

SANTIAGO DE LINIERS.

(Se continuará.)